

MIGUEL VIVES

**EL TESORO
DE LOS
ESPÍRITAS**

Título del original castellano:
GUÍA PRÁCTICA DEL ESPIRITISTA

Traducción al portugués,
introducción, notas
y complementación del:

Hermano Saulo



En agradecimiento a todos los que colaboraron en las ediciones anteriores de este libro, y particularmente a los que me ayudaron a ser espírita.

R. G. M.

A LOS ESPÍRITAS DE ESPAÑA

que hoy viven en el subsuelo, como los cristianos primitivos en las catacumbas, el homenaje brasileño de esta reedición de las lecciones de Miguel Vives, el médium, el vidente y el profeta de Tarrasa;

Acrecentadas del adicional:

MARCHA PARA EL FUTURO

actualización del:

Hermano Saulo

ÍNDICE

I PARTE

GUÍA PRÁCTICA PARA LA VIDA ESPÍRITA

Un Tesoro de Luz.....	8
Prefacio del Autor.....	11
I. El Espírita ante Dios.....	14
II. El Espírita ante el Evangelio.....	18
III. Entre los hermanos y en los Centros.....	21
IV. El Espírita y la Humanidad.....	25
V. El Espírita en la Familia.....	28
VI. El Espírita ante sí mismo.....	31
VII. El Espírita ante el sufrimiento.....	34
VIII. Los centros Espíritas.....	36
IX. Enfrentando las tentaciones.....	40
X. El Tesoro de los Espíritas.....	45
XI. Conclusión.....	50
XII. Videncia.....	51

El libro noble es un maestro silencioso que enseña sin que se le pague.

Batuíra

ÍNDICE

II PARTE

MARCHA PARA EL FUTURO

I. El Espírita ante la Doctrina.....	53
II. El Espírita ante las Religiones.....	56
III. El Espírita y la Cultura.....	58
IV. El Espírita y la Política.....	61
V. El Espírita y la Cuestión Sexual.....	63
VI. El Espírita y el Mundo Actual.....	67

Sonría siempre, aunque sea una sonrisa triste, porque más triste que una sonrisa triste es la tristeza de no saber sonreír.

Enmanuel

INTRODUCCIÓN

Cuando este pequeño libro llegó a mis manos, enviado por un hermano muy querido de Brasil, yo me encontraba pasando por una situación caóticamente aflictiva. Mi desesperación era desmesuradamente ostensible en aquellos tiempos. La ausencia de contacto con Grupos Espiritistas hacían sentirme infelicitado. Mi búsqueda en pos de consuelo espiritual, mi inactividad en el referido campo, al que había dedicado parte de mi vida en tierras lejanas, producía intranquilidad inusitada en mi ser, hasta el punto de quedar al borde del desequilibrio psíquico. Y es que me llegó **El Tesoro de los Espíritas**, su dedicatoria ya fue algo que me conmovió ostensiblemente. Todavía existían almas que se acordaban de mi..., ¡y de qué manera! La lectura del mismo fue un bálsamo efficacísimo para mi mente conturbada y mi corazón extenuado por el dolor. Tengo leído este libro por más de media docena de veces en su íntegra, y parcialmente un número exorbitado de ocasiones he consultado alguno de sus capítulos, procurando consuelo para mi corazón amargurado. Gracias al contacto casi permanente con las enseñanzas de Miguel Vives, mi mente se fue calmando, el corazón volvió a su ritmo acompasado, la serenidad se convirtió normativa de mis actos y los emprendimientos espirituales surgieron de mí; dejé de buscar el fruto en otros huertos, ajenos muchas veces al sabor Divino, y empecé a sembrar con mis propios recursos la semilla procedente de Dios y que Él proporciona a los amantes del Evangelio de Cristo.

Hoy estoy nuevamente en la brecha y mantengo una actividad constante en la Huerta que el Señor tuvo a bien concederme, y soy más feliz, pues la cosecha comienza a dar sus frutos, con lo que de rebote voy enriqueciéndome en espiritualidad.

Por eso, decidí hacer esta traducción al español de este libro que nació en nuestra España, de la pluma de Miguel Vives; desapareció en ella; reapareció, en un homenaje a «los sufridos espíritas españoles», en Brasil, por medio del esfuerzo del dedicado y esclarecido Hermano Saulo, y hoy vuelve al castellano en una apoteosis pletórica de felicidad y luz, brindando a nuestros hermanos y lectores la oportunidad de, a través de su examen, llegar a conocer el Tesoro que se desprende de sus enseñanzas.

Al hacer su conversión al castellano, he tratado de respetar al máximo el estilo literal de la traducción al portugués, ya que desconozco el original en castellano (pues si lo conociese, no habría caso para su traducción); por otra parte, creo sinceramente que el texto es legible, comprensible y elucidativo en todos sus términos y exposición.

Por último, quiero rendir mi homenaje al traductor Hermano Saulo, pues merced a su bello trabajo, enriquecido con su aportación adicional que, también respetamos y traducimos brindándosela al lector amigo, tuvimos la oportunidad de llevar adelante y sacar a la luz un espléndido trabajo espiritual que estaba inédito para los nuevos espíritas de ahora también homenajeamos al hermano Sergio que nos proporcionó el ejemplar en portugués, con la inserción de su dedicatoria en el mismo y que dio lugar al resurgir en nuestra lengua de **El Tesoro de los Espíritas**, a mi reencuentro conmigo mismo y, por consiguiente, con la Doctrina Espírita. Ofrezco mismos términos de la dedicatoria a todos los hermanos que acepten leer este libro.

DEDICATORIA

En este pequeño libro, de su compatriota y cristiano, allende su salutar lectura, estará también mi corazón.

Amigo, Rafael, cada vez que toques en este libro, pueda él recordarte de los días felices que pasamos juntos en nuestro querido «Hermano X». Con nostalgia, cariño y respeto.

Tu amigo,

Sergio Pelli

São Paulo, 5 de julio de 1968.

¡Dios os guarde!

Responsable por esta traducción del portugués, coordinación y portada.

Rafael González Molina

Madrid, 18 de septiembre de 1975

Federación Espírita Española

www.espiritismo.cc

1.ª PARTE

**GUÍA PRÁCTICO PARA
LA VIDA ESPÍRITA**

MIGUEL VIVES

UN TESORO DE LUZ

Las riquezas de la Tierra son perecibles, como nos enseña el Evangelio de Jesús, Pero existe una riqueza que nada le puede afectar ni nadie puede destruir: la riqueza del cielo, que podemos y debemos construir en nuestra alma. Esa riqueza está en nuestras manos. No se encuentra en el subsuelo, ni en las profundidades de los ríos o de los mares. No precisamos buscarla en cosas exteriores. Miguel Vives, el notable médium español, que escribió este pequeño libro, nos advierte bajo la inspiración de los Buenos Espíritus que le guiaran durante su vida espírita: «Los espiritistas tenemos un tesoro en nuestras manos».

Extremadamente modesto, Miguel Vives dio a su libro un título sencillo: **Guía práctica del espírita**.

Con este título, el pequeño tesoro de experiencias, de profunda vivencia espírita y de elevada inspiración, que él compuso, fue publicado por Carbonell y Esteban, en Barcelona. La segunda edición, notablemente aumentada y corregida, es la que sirvió para esta versión brasileña. Hicimos todo para que este librito, pueda producir, en nuestra lengua y en nuestra tierra, los mismos frutos de luz que produjo, en la sufrida tierra española.

La traducción, a pesar de ser hecha de una lengua hermana -y más aún, de la lengua-madre que es para nosotros el castellano-, no fue nada fácil. Miguel Vives escribió estas páginas con la despreocupación del espírita que habla a sus hermanos, en el más puro lenguaje popular. Nada de cuidados estilísticos, de preciosismos, de artificios de alguna índole. Escribió claro y preciso. Mas todo eso para su gente, en dialecto barcelonés de Tarrasa, el pequeño más activo centro textil de la provincia de Barcelona. Tuvimos, por eso, que esforzamos para mantener un difícil equilibrio, en la doble finalidad al espíritu y a la letra.

Es ciertamente, por ese motivo, que el libro de Vives no ha tenido las traducciones que merece. Por otro lado, los propios títulos de los capítulos son demasiado extensos, como se usaba antiguamente. Los simplificamos, sin quitarles o disminuirles el sentido. Otro problema: el tono de conversación personal, con períodos demasiado largos, a veces elípticos, repitiendo palabras y expresiones. Los reducimos a períodos cortos y precisos, de expresión directa en el lenguaje moderno, procurando cuanto posible no quitarles el sabor de confesión y hasta mismo de monólogo íntimo. Fue bien difícil hacer todo eso. Pensábamos gastar unos diez días en la versión, y ella se prolongó por todo un mes.

Son así los tesoros ocultos. No los alcanzamos con facilidad. Es preciso coraje, audacia y trabajo para descubrirlos y sacarlos a la luz. Pedimos fuerzas a Dios y estamos convencidos de haber conseguido lo que deseábamos. El librito de Vives aquí está, en su humildad y en su esplendor. Es verdad que lo reescribimos en portugués, mas nuestro trabajo fue apenas el del sastre que hace una ropa nueva para un bello cuerpo. No modificamos la anatomía del cliente: lo vestimos, apenas, y lo hicimos con el mayor cariño y el mayor respeto por su perfección física y espiritual.

El título **El Tesoro de los Espíritas**, que damos al volumen en portugués, no fue de nuestra invención. Lo encontramos en el propio texto de Vives, y el lector se reencontrará con él en el capítulo noveno. Claro, que el tesoro no es el libro. Vives se refiere a la Doctrina Espírita. Pocos de nosotros conseguimos comprender, hasta ahora, el tesoro que tenemos en las manos. Vives nos despierta para eso. Entendemos no haber mejor título, ni más acertado, para este librito que nos guía a la verdadera comprensión doctrinaria. Aparte de eso, Vives nos muestra, con el ejemplo de su vida, cómo haremos del Espiritismo nuestro tesoro inalienable.

MORAL ESPÍRITA

Los adversarios del Espiritismo -que, de acuerdo con la regla más antigua, no lo conocen- acostumbran decir que no tenemos un sistema de moral. Eso, cuando no nos acusan simplemente de inmoralidad. La respuesta nuestra es la Codificación Doctrinaria. Y en ella, además de las Leyes Morales de **El Libro de los Espíritus**, ese código del más puro espíritu cristiano, que es El Evangelio según el Espiritismo. Miguel Vives menciona este último, en su trabajo sobre las reglas de la vida espírita. Mucho más que eso, sin embargo, nos enseña cómo aplicar los principios evangélicos a una conducta espírita.

La moral espírita resplandece en estas páginas, en toda su pureza cristiana. Quien lea este libro, y aplique a la vida sus principios, hará en sí mismo aquella reforma que, para Kardec, es la única y verdadera característica del verdadero espírita. Vives, entretanto, no es un teórico. Él declara, enseguida, en la primera línea: No soy escritor, pero soy médium. Para los legos, eso no tendrá un significado mayor. Para los espíritas, entre tanto, eso quiere decir que Vives está escribiendo sobre cuestiones que enfrentó en la vida, sobre problemas que vivió.

En eso está el mayor valor de este libro. Él nos da el ejemplo de la vivencia espírita. Fundador del Centro Espírita Fraternidad Humana, de Tarrasa, Miguel Vives lo presidió durante treinta años. Ejerció la mediumnidad y militó en la propaganda doctrinaria. Desde que se volvió espírita, su vida se convirtió en un apostolado. Muchas de sus páginas nos recuerdan la figura del apóstol Pablo: son páginas epistolares, dirigidas a las asambleas cristianas de los primeros tiempos. En otras, él es el oscuro y humilde Ananías, que a través de la oración y del pase arranca las escamas de los ojos de Pablo.

La moral espírita, como la del cristianismo primitivo, no se constituye apenas de preceptos, de reglas, ni de principios normativos. Hay una técnica moral, que se fundamenta en el conocimiento de las leyes morales. Vives compara la salud física a la salud moral, para mostrar que somos criaturas sujetas a influencias de dos especies: las que provienen del medio físico y las que provienen del medio espiritual. Indica como las influencias psíquicas nos envuelven, y cómo penetran nuestra mente, cómo invaden nuestro psiquismo, como dominan a nuestro espíritu. Y enseña cómo enfrentarlas, soportarlas y vencerlas. Hoy, más que nunca, este librito de Miguel Vives precisa ser leído y releído, estudiado, cargado en el bolsillo, para consultas constantes.

A la manera del propio Cristo, que para él es siempre «Señor y Maestro», el autor de esta Guía nos ofrece la regla moral y el ejemplo de la práctica moral. Él mismo es un modelo de lo que enseña. Indícanos el Modelo Supremo, que es Jesús -como **El Libro de los Espíritus** nos lo indica- mas ayúdanos también con su propio ejemplo. Vemos aquí, a través de la vida del autor, cómo el espírita debe enfrentar sus problemas, en todas las circunstancias de la existencia.

CALVARIO ESPÍRITA

El Calvario cristiano estaba en Palestina. El Calvario espírita está en España. Miguel Vives presintió, con su sensibilidad mediúmnica, la aproximación de la tragedia española. Las palabras que dirige, en el final de este volumen, a la Mocedad Espírita de España son proféticas. Él prevé los dolores, los sufrimientos, la asfixia que va a caer sobre los que profesan el Espiritismo en tierras españolas. Y enseña, aconseja, advierte: «¡Confiemos en Él, Juventud Espírita, y no desmayemos en el camino!».

Joaquín Rovira Fradera, Miguel Vives, José Hernández, Amalia Domingos Soler: son unos pocos nombres que nos recuerdan la España Espírita. Después del Auto-de-Fe de Barcelona, en que los libros de Kardec ardieran en las llamas inquisitoriales, el Espiritismo floreció en Cataluña e invadió todo el país. Grandes nombres brillaron en la tierra, como respuestas de luz a las estrellas del cielo. Mas la noche llegó de nuevo, la noche de plomo de la Inquisición, sin estrellas y sin luces terrenas. Este libro es una centella que escapó de las tinieblas, y que nos da el testimonio de la España espírita.

No importa el dominio pasajero de las tinieblas. El suelo de Barcelona está sembrado de luces. Las vidas espíritas que allí se apagaran volverán a brillar. Simientes de luz no mueren en las tinieblas. ¿No fue de las tinieblas del Calvario que las luces del Cristianismo subieron para los cielos de todo el mundo? Los sicarios judíos y romanos no sabían lo que hacían, mas Dios lo sabía. Y Jesús ya enseñara que, si el grano de trigo no muere, no puede fructificar. Los dolores de la España fanática de hoy son como dolores de parto. Quien lee este libro de Miguel Vives siente la pulsación del futuro en el subsuelo de España. Los muertos resucitan y los túmulos hablan. Otros apóstoles marcarán de nuevo el mapa de España, con sus pies misionarios.

La publicación de este libro es un homenaje del Brasil espírita de hoy a la España espírita de ayer, de hoy y de mañana. Al pasar por Madrid y Barcelona, los médiums brasileños Francisco Cândido Xavier y Waldo Vieira encontraron el Espiritismo como fuego de rescoldo, en los braseros ocultos del subsuelo. Nada consiguió matar el ardor espírita de los españoles. Vieron con sus propios ojos, bibliotecas doctrinarias y la venta secreta de libros espíritas. Compraron algunos volúmenes para la Exposición Permanente de Uberaba. El Brasil espírita testimoniaba el Calvario de la España espírita. Y ahora el Brasil espírita, a través de la vivencia doctrinaria de Miguel Vives en Tarrasa, comulgará con la España espírita.

Hagamos de este librito nuestro tesoro. Revivamos en el Brasil esta vivencia espírita catalana, que brota de la pluma de Miguel Vives como la sangre de los mártires cristianos de la Antigüedad, y como la de los mártires espíritas, de la Actualidad brotó de las heridas mortales. Todos los sicarios pasan, como figuras de un gran-guiñol, esfumándose en la memoria de las generaciones. Mas los mártires permanecen. Renacen. Se hacen oír. Los espíritas españoles, masacrados aquí, están de nuevo, enseñándonos a vivir el Espiritismo. Oigámoslos en estas páginas de amor y vida, que serán un tesoro en nuestras manos.

PREFACIO DEL AUTOR

No soy escritor, más soy médium. Así, nunca podré tener la pretensión de haber hecho nada de bueno solamente por mí. Si alguna cosa salida de mi pluma merece la aprobación de mis hermanos, vendrá de los Buenos Espíritus que me asisten. Todo cuanto se nota de deficiente en mis escritos, es obra de mi inteligencia. Mas los buenos hermanos espíritas, que tan indulgentes han sido conmigo hasta ahora, espero que lo continúen siendo, y que sepan distinguir entre lo bueno que viene de los Espíritus y lo insuficiente que es mío.

Puestas así las cosas, no vacilo en entregarme a la inspiración, después de mucho haber pedido al Padre, al Señor y Maestro, y a los buenos espíritus, para poder escribir una guía práctica, en el que los espíritas tengan, siempre que necesario, y sin dificultades, a quién recurrir, en las diversas situaciones de la vida.

Así, en esta **Guía Práctica del Espírita** encontrarán mis hermanos algunos consejos que, seguidos, podrán ser útiles para darles la paz en la vida presente, y hacerlos alcanzar una buena situación en el espacio.

Dije que soy médium, y de tal manera ya lo probé, que ninguno de mis hermanos de Tarrasa, o de fuera de nuestra ciudad, que me haya escuchado alguna vez, podrá dudar.

¡Dios mío! ¿Qué era yo, antes de ser espírita? Una criatura ignorada y completamente incapaz. Tanto es así, que me encontraba perdido en la más crítica y miserable situación en que un hombre puede encontrarse, en los más hermosos días de su juventud. Perdiera la salud, los amigos se habían alejado de mí, no tenía fuerzas para trabajar, estuve cinco años sin salir de casa. Mi estado era tal, que si no fuese la protección de los padres de mi primera esposa, a los cuales nunca seré suficientemente grato, hubiera tenido que recogerme en un hospital. Cinco años ya habían transcurrido, en que esta situación perduraba, cuando mis cuñados se mudaron de Sabadell, donde yo había vivido desde niño, a Tarrasa. Y, más por misericordia, que por cualquier otro motivo, me llevaron con ellos, para ver si mi salud mudaba.

Estábamos en el año 71 del siglo pasado. Después de seis meses de permanencia en Tarrasa, volví un día a Sabadell, y mi hermano carnal me habló de Espiritismo. Al principio, el asunto me pareció muy extraño. Pero como me hablaba de manera grave, y yo conocía su seriedad y rectitud en todas las cuestiones de su vida, luego comprendí que había algo de verdadero en lo que me decía. Le pedí algunas explicaciones, y él, por única respuesta, me entregó las obras de Allan Kardec. Leer las primeras páginas y comprender que aquello era grande, sublime, inmenso fue cuestión de un momento. ¡Dios mío! -exclamé-, ¿qué es lo que se pasa conmigo?

Entonces, yo, que ya había renunciado a todo, ahora percibía que, ¿todo es vida, que todo es progreso, y que todo es infinito? Caí postrado y admirado delante de tanta grandeza, y tomé la decisión de ser espírita de verdad, estudiar el Espiritismo y emplear todas mis fuerzas en la propagación de una doctrina que me había restituido la vida y me había enseñado, de manera tan clara, la grandeza de Dios.

Comencé a estudiar y a propagar el Espiritismo. Con algunos hermanos, fundamos el Centro Espírita de Tarrasa: «Fraternidad Humana».

Como, durante mi enfermedad, me había dedicado, en los intervalos que mis sufrimientos me concedían, a estudiar Medicina, comencé a curar enfermos. Y fue tal la protección que me envolvió, que muchas veces los enfermos eran curados antes de que tomasen los remedios, pudiendo yo citar algunos casos de esas curas sorprendentes.

Como mi propaganda espírita producía efectos, conquistaba cada día nuevas adhesiones, y comenzaban a manifestarse odios implacables, mi cabeza se tornara en un volcán de ideas en ebullición. Antes de ser espírita, era incapaz de pronunciar una pequeña oración para una docena de personas. Como espírita, adquirí un coraje y una serenidad tales, que nada me impresionaba ni me impresiona aún.

Para dar una idea de la mediumnidad mía, diré lo siguiente: Fui médium de incorporación, semiconsciente, por un período de diez años; durante ese tiempo, no participé de una sola reunión, en que no recibiese y diese comunicación, gozando durante esos diez años de una salud bastante regular. Después de eso, por causa de una dolencia, impedido de frecuentar las reuniones, tuve que dejar la mediumnidad por unos cuatro meses, único período de tiempo en que dejé de participar de los trabajos, como médium o como director de sesiones, en los treinta y dos años en que soy espírita. Y todavía hoy mi inspiración es tan potente y tan clara, que basta estar en una sesión, para que me sienta inspirado y pueda hablar por todo el tiempo necesario.

Para dar una prueba de eso, voy a contar lo que pasó en vísperas de Navidad de uno de los últimos años.

Yo había dado, unos veinticinco años atrás, una comunicación muy extensa y expresiva, sobre uno de los pastores que fueran adorar al Mesías en el portal de Belén. Esa comunicación causara gran impresión a los hermanos presentes en el Centro Espírita de Tarrasa, en aquella época. Días antes de la Navidad, a la que encima me referí, uno de los hermanos, que aún se recordaba del caso, me habló del mensaje. Sentí deseos de tenerlo, y fue cuanto precisé para ser influenciado y ponerme a escribirlo. En dos horas lo obtuve de nuevo, y tan igual, que aquellos que lo habían escuchado la primera vez exclamaran admirados: «¡Es idéntica! ¡No falta ningún concepto, ningún detalle!».

Cuento esto para demostrar el poder de la mediunnidad.

¡Oh, Dios mío, cuánto debo seros agradecido! ¡Cómo son grandes vuestros designios! Fue, tal vez, necesario que yo pasase por una grande y prolongada aflicción, antes de recibir la luz del espiritismo. Si hubiese gozado de buena salud, me engolfaría en las distracciones del mundo y, distraído y preocupado con las cosas de la Tierra, no habría dado importancia a lo que hoy tanto estimo, tanto me ha servido y tanto me servirá en el futuro. ¡Gracias, Dios mío, Omnipotente Señor mío, Soberano mío! Hoy reconozco vuestra grandeza, vuestro amor, vuestra presciencia, y sé que vuestra providencia abraza a todos, pues siempre dais a todos y a todas las cosas lo mejor y lo más justo. Yo os amo y os honro, os adoro con toda mi alma, y mi reconocimiento es tan grande que no tiene límites. Veo vuestra grandeza en todo y en todo os admiro, os amo y os adoro. Y, sobre todo, donde la veo más sublime, es en la ley de humildad que establecisteis, para que nosotros, los hombres, podamos llegar a amarnos como verdaderos hermanos.

Cuando medito en el drama del Calvario, y veo sometido a tanto sufrimiento y tanto dolor al Ser mayor que vino a encarnarse en este mundo, exclamo: Si Él, que era y es mucho más que todos los que habitamos la Tierra, no vino a ceñir una corona y empuñar un cetro, mas hacerse el más humilde, el servidor de todos, el que curó los dolores de la Humanidad, el que sufrió todas las impertinencias, todos los suplicios, y dio tan grande ejemplo de paciencia, humildad y perdón, es que el Padre, es que Vos, Señor, no admitís categorías, ni grandezas humanas, ni ostentación, mas apenas virtud, amor, pureza, sacrificio y caridad. Así, concluyo: la ley vuestra exalta el abatido, consuela el afligido, y el más humilde es para Vos

el mayor, si es virtuoso y bueno.

Busco, entonces, la ley proclamada por el Humilde de los humildes, por el Bueno entre los buenos, el Pacífico entre los pacíficos. Aquel que, por su elevada conducta, es el Rey de todos los corazones justos, el que dirige todas las conciencias puras, el que orienta a todos los que deseamos ir hasta Vos. Y por eso lo admiro en la ley proclamada, en los ejemplos dados, y me inspiro en las palabras que pronunció. Y así como Él dijo que debemos perdonar, perdono todas las ofensas; y como dijo que debemos de amamos, amo a todos mis hermanos, y como dijo que el que deseara seguirle debía cargar su cruz, la llevo sin quejarme. Y su figura me parece tan grande, que después de Vos, mi Padre; es el amor mío, la esperanza mía, el consuelo mío. ¡Señor! Siguiéndole para Vos, encontraremos nuestra felicidad, nuestro gozo, nuestra vida eterna. Siguiéndole para Vos, sentiremos paz en nuestra alma, por que seremos pacíficos y humildes. Siguiéndole para Vos, tendremos nuestro espíritu lleno de esperanzas. Por eso, yo le sigo como el criado sigue a su Señor, como el pequeñín sigue a su madre. Y cuando me afligen los sufrimientos, le veo clavado en la cruz y sigo firme el camino del Calvario de mi vida, no olvidando el gran ejemplo que nos dio, llevando en mi corazón el agradecimiento y el respeto que le debemos, por tan grandes virtudes practicadas, para enseñarnos el camino que conduce a la felicidad eterna.

Pido perdón, al lector, por haberme demorado en esas consideraciones previas, pero habría considerado una falta de gratitud y de respeto al Todopoderoso, si antes de entrar en el desarrollo del texto del Guía Práctico del Espírita no hubiese dado un testimonio de amor y de adoración al Padre, y de agradecimiento y sumisión al Señor y Maestro.

Miguel Vives

I

EL ESPÍRITA ANTE DIOS

Cuando el hombre, venga de donde venga, sea religioso, ateo, libre-pensador, etc., entra en el Espiritismo, se abre ante él un campo tan amplio de investigaciones, que, de momento, no se da cuenta de tamaña grandiosidad. A medida que va ampliando sus estudios y sus experiencias, más ancha se torna la perspectiva de lo que antes le era desconocido, y en todo comienza a ver la grandeza de Dios.

Tanto es así, que se queda maravillado ante tanta justicia, tanto amor, belleza y poder. Entonces ve lo que significa su individualidad en esta Creación. Comprende que su vida es eterna, por lo menos en principio, y que no se encuentra aquí por acaso, que no es un ser llegado a la Tierra sin motivo ni razón, mas que su existencia está ligada al concierto universal de la Creación. Comprende que jamás será abandonado, pues está sujeto a una ley que a todos abarca, y que, con los demás seres humanos, alcanzará por sus esfuerzos, más temprano o más tarde, su felicidad, su belleza y su sabiduría. Comprende que puede retardar más o menos su progreso, más que, por fin, tendrá que verse atraído por el amor universal, y que, aceptando o no, será un día impregnado por todo cuanto de bello y grande encierra el amor divino. Comprende que formará parte de la gran familia de espíritus felices, que gozan y trabajan en el plano del amor divino.

Así, pues, el ser encarnado, al descubrir su vida, su futuro, la grandeza del objetivo de su propia creación, se siente admirado ante la Suprema Sabiduría, el Amor Supremo, el Creador Omnipotente de tanta belleza, de tanta armonía y de tanto amor.

Esa impresión, recibida al convertirse al Espiritismo, debe todo espírita procurar no solamente guardarla, mas también aumentarla, porque de eso depende, en gran parte, su progreso. Digo esto porque, pasado el momento de las primeras impresiones, el espírita comienza a olvidarse del respeto y de la adoración que debe al Padre, incurriendo en una falta de agradecimiento, que va a los pocos separándolo de influencias que le son muy necesarias, en el curso de su vida en el planeta.

Si todo, en la Creación, mutuamente se atrae y se interpenetra, esa misma ley no puede dejar de existir entre la criatura y su Creador. En este punto, viene a propósito citar lo que dicen algunos espíritas: Que nada se debe pedir a Dios, porque Él no derogará sus leyes y porque todo ya nos dio. Manera equivocada de pensar. Dios estableció sus leyes y las puso, con toda la Creación, a disposición de sus hijos. A nosotros, sin embargo, compete alcanzarlo. Y teniendo, como tiene todo, que sufrir su atracción, ¿eso no implicará también el amor a Dios, la gratitud y la adoración¹ que le debemos?

Si el espírita siente, atraerá sobre sí aquello que sienta. Supongamos que un hombre tiene malos pensamientos, referentes al crimen, al vicio, a la vanidad. ¿No atraerá sobre sí influencias que le impulsarán a ser criminoso, vicioso y orgulloso? Pues si los deseos y pensamientos malos atraen malas influencias, ¿dejará de existir la misma ley en lo tocante a los buenos pensamientos y a los deseos buenos? No hay duda, pues de lo contrario existirían dos leyes; una para regir el mal, y otra para regir el bien. Pues si los deseos y pensamientos buenos atraen buenas influencias, ¿cuánto más no debe atraerlas aquel que sepa amar al Padre, adorarlo en espíritu y verdad y procurar seguir sus mandamientos? Vemos así que, sin derogar leyes ni conceder privilegios, el espírita verdaderamente agradecido y enamorado de Dios atraerá influencias que, como ya dije, le serán muy provechosas en el curso de su vida planetaria.

1. Véase en *El libro de los Espíritus*, el cap. «Ley de adoración».

Y tanto es así, que pienso lo siguiente: si todos nosotros, espíritas, nos hubiésemos afirmado en esa posición, y nos hubiésemos tornado practicantes del amor divino, no estaríamos hoy tan diseminados y desunidos como estamos. Noten bien, mis hermanos: encontramos pocos Centros Espíritas en que no haya habido disensiones, y si algún Centro fue reducido a cenizas, eso fue debido a la falta de caridad y amor entre los responsables, por causa de defectos no corregidos, y a la falta de prudencia y de comedimiento a que todo espírita debe ceñirse, en sus pensamientos y actitudes.

Si el amor y la adoración del Padre reinasen en el corazón de cada espírita, antes de hablar y obrar, cada uno pensaría si lo que hace está de acuerdo con la ley del Creador. Y si no estuviese, el espírita, lleno de amor a Dios, ¿evitaría todo lo que es injusto, para no hacer fraude a la ley y no rebelarse contra Él, que es todo amor y justicia? Muchas veces, en lugar de hablar, causando conflictos, preferiría callar, y con esa actitud de indulgencia o tolerancia daría un buen ejemplo, evitando responsabilidades y enseñando a sus hermanos.

He conocido espíritas que todo confían a su criterio y a su saber, olvidándose de mantener vivo el amor a Dios, y de otras prácticas de las que más tarde trataré. Ésos, sin embargo, no saben que, por más entendidos que sean, les falta lo principal y sin que lo perciban, caen en la rutina común. De esa manera, en sus conversaciones, sus procedimientos y sus maneras no se distinguen de los hombres vulgares. Así, aunque crean en el Espiritismo, tratase apenas de un Espiritismo mental, que no domina el corazón. Por eso, en muchos actos de la vida, poco se diferencian de los que no conocen la doctrina.

De ahí la razón de existir espíritas que no hacen ningún mal, mas que también no practican ningún bien, y que por un simple descuido caen en el ridículo, perjudicando entonces la propagación de la doctrina que sustentan. Y a veces suceden cosas peores, pues algún espíritu obsesor influye sobre ellos, haciéndoles concebir y propagar teorías extrañas, que perturban la buena marcha del Espiritismo, sembrando la duda en unos y la división en otros.

Esto también puede ocurrir a los que, por falta de instrucción, encuentran todo bueno y maravilloso. Y aún con los que penetran en asuntos poco explorados y conocidos, haciendo afirmaciones y adoptando principios que no consuelan ni edifican, y sólo sirven para llevar la confusión a las inteligencias exaltadas. Éste no es trabajo destinado a la crítica de esas teorías, más deseo dar algunas reglas de conducta a los espíritas de buena voluntad, para evitarles ciertos obstáculos que muchos daños le pueden causar².

Declaré que el amor a Dios puede atraer ciertas influencias para el espírita que lo procure avivar en su corazón, y que sepa transportarse al infinito a través de la oración, del pensamiento, de la meditación, de esas expansiones del alma...

¡Oración! Es un tema muy discutido y despreciado por muchos espíritas. Pongo de lado todas las formas rutinarias de orar, distraídas, convencionales, sistemáticas. Hablo de la oración que es acompañada por el sentimiento, por la firme voluntad, por el amor y la adoración al Padre. Hablo de la oración que edifica, que consuela, que brota de lo más profundo del alma; de la oración que es pronunciada por el ser que desea libertarse de las miserias y de las imperfecciones de la Tierra.

Esta forma de oración, la considero necesaria a todo espírita, tanto que me atrevo a decir: quien de ella prescinde no se elevará jamás a las cualidades morales necesarias a un buen espírita. Y todavía más: quien de ella prescinde no podrá alcanzar, cuando vuelva al mundo espiritual, la condición de espíritu de luz, y está arriesgado a ser espíritu de tinieblas y de perturbación, a menos que sus trabajos y ocupaciones en la Tierra hayan sido pautados por la caridad y el amor al prójimo, lo que es tan raro en este

2. Esta observación viene muy a propósito, delante del número de teorías absurdas que invaden actualmente el medio espírita. Ella se explica muy bien a los llamados «reformadores» de la doctrina.

mundo.

Hemos de considerar que la Humanidad está llena de errores, de maldad, de hipocresía, de egoísmo, de orgullo. Cada uno de nosotros despidе alguna cosa de sí mismo, de aquello que es, en este mundo. Coloquemos un espírita en medio de toda esa imperfección, y a pesar de sus creencias él se contagiará en esa atmósfera general. Si ese espírita no dispone del medio de librarse de las malas influencias que lo envuelven, es imposible que se conserve prudente, circunspecto, tolerante, justiciero. Y como la ley exige la práctica de esas virtudes, para que alcancemos alguna felicidad espiritual, si alguna de ellas nos faltan, no estaremos aptos a morar después entre los buenos. Y, si no podemos vivir entre éstos, tenemos que ser contados en la categoría de los que no lo son. Y allí donde la bondad no impera, no puede haber felicidad, ni luz, ni libertad.

Por eso entiendo que el espírita, para librarse de los vicios, debe saturarse de fluidos e influencias superiores a los que nos rodean en este mundo, y para que ellos nos envuelvan es necesario ponemos en condiciones de recibirlos.

Cuando oramos con fervor, el espíritu se eleva en busca de entidades superiores del espacio. Como los seres que lo habitan tienen la caridad por misión principal, nunca dejan de amparar a los que por voluntad propia se dirigen a ellos. Se establece entonces una corriente fluídica entre el que ora y el que lo atiende. La influencia recibida lo circunda de luz y esa luz lo limpia de los fluidos impuros. Al concluir la oración, aquel que la pronunció limpióse de los malos fluidos y se envolvió en la atmósfera salutar de los buenos fluidos. Así como los primeros eran el vehículo de las acciones de los malos espíritus, los buenos espíritus, con sus fluidos, son una barrera contra las influencias perversas que no podrán dominarlo más.

Para tornarlo más claro, daré un ejemplo. Supongamos una casa de campo sin cerca, ni muralla, ni cualquier otra especie de defensa. Cualquier malhechor que desee aproximarse no encontrará impedimento alguno, y mismamente de noche podrá llegar a las puertas de la casa sin cualquier precaución. Si la casa, por el contrario, está amurallada convenientemente y sus puertas cerradas con seguridad, ningún viandante y ningún malhechor podrán aproximarse con tanta facilidad. Así es, que tanto para el viandante, como para el malhechor, una casa amurada ofrece resistencia, lo que no ocurre con la otra.

El espírita que ora es como la casa de campo amurada. El que no ora es como la que no tiene cerca ni muralla. Por eso, todas las malas influencias, encuentran más facilidades para aproximarse de él.

Todo espírita, pues, debe ser agradecido al Padre, debe adorarlo por su grandeza, admirarlo por las maravillas de la Creación y respetarlo por ser uno de sus hijos. Porque en verdad, el hombre fue creado por Dios. Él es nuestro Padre, nuestro bien y nuestra Esperanza. Es Él autor de toda la belleza que nos rodea, desde el ave que se eleva en el espacio hasta el pez que se sumerge en las aguas, desde el monte en que crece el arbusto y florece la violeta hasta el astro que brilla en el infinito. Es Él el creador de aquélla que nos concibió en sus entrañas. Él es el todo: la luz, el amor, la belleza, la sabiduría, el progreso. Todo es Dios.

El espírita que sabe todo eso y no se siente atraído por tanta grandeza, tanto amor, tanto poder, y vive olvidado del Padre, pasa horas y días sin demostrarle su agradecimiento, ¿qué calificativo merece? Prefiero callarme en ese punto. Mas es claro que ese espírita no siente todavía en su alma lo que debería sentir, no cumple el primer deber de un buen espírita, y es muy difícil que pueda estar apto para cumplir como debe la misión que le corresponde.

En resumen:

El espírita debe portarse delante de Dios como un buen hijo, que agradece a su padre por haberle creado.

Debe respetar la grandeza de su Creador, adorar su Omnipotencia, amarlo por su Sublimidad.

Y ese respeto, esa adoración, ese amor, esa gratitud, deben ser manifestados al Todopoderoso tanto cuanto posible.

Ya para que él se porte como un buen hijo, ante un sublime y amoroso Padre, ya para atraer su influencia y la de los buenos espíritus, de que tanto necesitamos en nuestra condición de atraso, en un mundo en que imperan la ignorancia y el dolor.

II EL ESPÍRITA ANTE EL EVANGELIO

Para alcanzar el grado de moralidad que necesita, a fin de cumplir bien su misión, tener paz en la Tierra y conseguir alguna felicidad en el espacio, el espírita debe de cumplir la ley divina. ¿Y dónde está esa ley? En el Evangelio del Señor. Por tanto, el espírita debe saber de memoria su parte moral, tanto cuanto sea posible. Porque, ¿cómo aplicará la ley, si no la conoce? Como usarla, ¿si no se la recuerda?.

El espírita debe grabar en su alma la gran figura del Señor. Debe tenerle respeto y gratitud. Y no debe olvidarse de que solamente por Él se va al Padre. Así para el espírita, el Evangelio no puede ser letra muerta, más la ley moral vigente en todos los tiempos, en todas las edades. Porque la ley proclamada por el gran Maestro no sufrirá modificaciones en su parte moral. Y de todo su cumplimiento depende nuestro progreso espiritual, nuestra paz y nuestra felicidad en la Tierra y en el espacio.

Tenemos la costumbre, bastante generalizada, de relegar al olvido lo que más nos interesa. El mundo sabe casi de memoria las palabras del Señor, mas constantemente las olvida. Se sabe que el Señor dice que debemos amarnos como hermanos. El hombre menos instruido sabe que el Señor añadió que debemos amar a nuestros enemigos, bendecir los que nos maldicen, orar por los que nos persiguen y calumnian, pagar el mal con el bien. La Humanidad, que sabe todas esas cosas, ¿por acaso las tiene cumplidas? No. ¿Y cuál ha sido la consecuencia de esa falta de cumplimiento? Las guerras, las discordias, las infamias y tantos otros males que sería difícil de enumerar.

Se explica que los hombres hayan olvidado esos mandamientos, por la ignorancia de la vida en el más allá, por su atraso. ¿Mas los espíritas? ¿Hemos cumplido nosotros esos mandamientos? No. Si contamos algunas excepciones, generalmente esas enseñanzas han sido letra muerta. ¿Será, por acaso, que no sabemos lo que nos espera y la responsabilidad que tenemos en el cumplimiento de esos mandamientos? ¿Viene el Espiritismo a derogar o a cumplir la ley del Señor? No viene a derogarla, más cumplirla. Entonces, ¿por qué nosotros, los espíritas, vivimos tan fuera de las enseñanzas del Señor y Maestro? Que, amarás a tu enemigo, pagarás el mal con el bien, orarás por los que te persiguen y calumnian, no son prácticas muy arraigadas entre los espíritas, está evidente a plena luz. Consulte cada espírita su conducta en la vida pública y privada, y enseguida verá cuántas veces dejó de cumplir esas enseñanzas. Consulte la propia consciencia, y vea aquello que le pasó en la vida familiar, en sus relaciones sociales, o dentro de los Centros Espíritas, y verá que, mismo excluyendo a los demás, si hubiera personalmente cumplido esos preceptos, tal vez hubiese evitado disgustos, riñas, disensiones y muchas otras cosas en todos esos lugares.

Todo eso, muchas veces, sin mala fe, mas apenas por falta de estar apercibido. Así, una falta produjo otra y el resultado fue la caída. Como señalé anteriormente, es necesario que estemos apercibidos, y tener la ley divina siempre presente, en todas las circunstancias de nuestra existencia planetaria.

Es verdad que habrá muchas excepciones entre los espíritas, que no tendrán de que acusarse. Muchos habrá, sin embargo, que están incluidos en lo que acabo de decir. Es casi perdonable que la Humanidad tenga dejado de cumplir lo que el Señor manda en su Evangelio, a pesar de que el juicio nuestro a respecto no la exime de la responsabilidad que contrajo. Sin embargo, que entre los espíritas, en su mayoría, haya tan poca atención para el cumplimiento de la ley divina, proclamada por el Señor es una falta grave, que, si no procuramos remediar, acarreará a nuestro medio muchas

preocupaciones y perturbaciones y será causa de nuevas expiaciones.

No puede ser vanamente que el Padre nos envió el mayor Espíritu que ya vino a la Tierra. Ni en vano que ese elevadísimo Espíritu fue ultrajado, después de haber probado su grande misión a través de sus hechos y de su doctrina. No puede ser en vano que Allan Kardec y los Espíritus de Luz nos lo apuntaran como nuestro modelo. Él es el camino, la verdad y la vida. Fuera de sus enseñanzas no hay salvación posible. Por eso, comprendiendo la importancia del Evangelio, Allan Kardec esclareció algunas parábolas y conceptos, para que estuviesen al alcance de todas las inteligencias, participando de esos esclarecimientos, de manera muy directa, elevados Espíritus, que dictaran comunicaciones de orden moral, tocándonos el alma. De esa manera, si nosotros, espíritas, hiciéramos omisión de esas enseñanzas, de ahí resultando una falta de percepción moral en nuestro medio, no podremos culpar a nadie, si no a nosotros mismos, por nuestra propia indolencia y nuestra ingratitud.

Hay también la falta de reconocimiento de un hecho culminante, como la llegada del Señor a la Tierra, y del reconocimiento de su ley, de su abnegación, de su sacrificio y de su amor para con todos sus hermanos. Si nuestra indiferencia es tanta, que apenas recordamos la ley proclamada y sellada con sangre en el Calvario, ¿qué es lo que esperamos alcanzar? ¿Qué hará el espírita que se olvida de la ley? ¿En qué fuente beberá? ¿Dónde encontrará el consuelo de que necesita, para soportar los embates de la vida? ¿A quién apelará, cuándo se encuentre en lo más duro de las pruebas? ¿Quién le servirá de modelo? Está probado, hasta la evidencia, que, si el Señor vino a la Tierra, fue para servirnos de guía. Y quien lo siga no se perderá en el camino de la existencia terrena. Porque Él es el camino, la verdad y la vida.

Por eso, todo espírita ha de ser admirador del Maestro, debe estudiar sus palabras, su moral, su ley, sus sacrificios, su abnegación, su amor, su prudencia y, sobre todo, su elevadísima misión, ya que ésta contiene dos puntos esenciales, que son de importancia capital para el curso de nuestra existencia terrena.

Afirmé que era necesario conocer la ley divina para cumplirla. Esta es la primera cosa que el espírita debe fijar en su mente, para seguir el camino de la justicia y del amor. Mas hay, en la misión del Señor, otro objetivo de capital interés para el bien de nuestro espíritu; que es el consuelo, la resignación y la paciencia que Él, en su sacrificio nos puede inspirar.

Todos estamos en la Tierra para ser probados. Y muchos en expiación. Se pasan, a veces, años en que la prueba no es lo suficientemente dura, ni la expiación es fuerte. Pero, cuando la prueba es de aquellas que aploman el espíritu y la expiación es tan dolorosa que mal la soportamos, entonces es de gran utilidad recordar no sólo los mandamientos, también el sufrimiento y la resignación del Señor. Debemos recordarlo, entonces, frente al tribunal de los escribas y fariseos; cuando estaba en la prisión; cuando le coronaron de espinos; cuando lo ataran a la columna y lo flagelaban; cuando llevaba la cruz a cuestas; cuando se vio desnudo y solo en el Calvario; cuando lo extendieron en la cruz y le clavaron los pies y las manos; cuando fue erguido en el madero, desfigurado, ensangrentado y en medio de tanta aflicción dio muestras de resignación y calma superiores, y aún de que amaba y perdonaba, como si hubiese sido tratado con el mayor respeto y consideración.

El recuerdo de esos grandes hechos nos inducirá a la resignación, a sufrir los grandes dolores sin quejarnos, a soportar las grandes pruebas con ánimo sereno. Esto hará que procedamos como espíritas verdaderos. Y no solamente podemos sacar provecho de esos recuerdos, más aún, si unimos al recuerdo el amor al Señor, la admiración y la súplica, identificándonos con Él, podremos recibir gran protección del Alto, y a veces hasta su propia influencia. ¿Porqué no? ¿No escuchó Él a la mujer pecadora? ¿No curó los ciegos, los mudos y los leprosos? ¿No hay ejemplos de que en los siglos pasados, muchos fueron amparados directamente por Él?

Los Apóstoles y los Mártires del cristianismo fueron protegidos por Él: Teresa de Ávila, Juan de la Cruz, Pedro de Alcántara y muchos otros tuvieron la incomparable suerte de hablar con Él, de verlo, de recibir sus instrucciones y consuelos. ¿Y pensáis, por ventura, que ese elevadísimo Espíritu nos abandonó y está hoy indiferente a nuestras súplicas y a nuestras lágrimas? ¿Acreditáis que Él, en su gloria, trata apenas de pasar el tiempo gozando de la bienaventuranza, sin practicar la sacrosanta caridad, que tanto practicó mientras estaba aquí? ¿Acreditáis que Él solo se interesa por vivir entre Espíritus de gran luz, dejando abandonados a los que le amamos, a los que pensamos y confiamos en Él? ¡No acreditéis en eso, hermanos! Él no abandonará a los seres que viven en la Tierra y que le tienen por ejemplo. No abandonará a los que en Él confían, como no abandonara a los cristianos sinceros de todas las épocas.

Algunos dirán, consigo mismo, que en la Tierra no hay nadie digno de tanta protección. ¿Y por qué no? ¿Quién dejaría de visitar un criminal arrepentido, que suplicase protección, pidiese un consejo, una palabra de amor, una mirada de cariño? ¿Quién dejaría de atender las súplicas de un enfermo, de un inválido, de una criatura perdida en un despoblado? ¿Quién negaría la mano al que cae, al desfallecido, al moribundo? ¿Quién negaría un pedazo de pan al que muere de hambre, o un vaso de agua al que muere de sed, o no reventaría una ventana para proporcionar aire al que muere asfixiado? Pues si nosotros, siendo malos, no sabemos ni podemos negar nuestra protección en todos esos casos, cómo queréis que el Maestro de bondad Infinita, el Grande, que todo hizo por amor y abnegación, el que dice: «Dejad venir a mí los pequeñines, que de ellos es el Reino de los Cielos», el que dio salud a los enfermos, paz a los corazones afligidos, el que tanto sufrió para darnos ejemplo, ¿cómo queréis que Él no nos oiga en nuestras súplicas? ¿Cómo podrá Él dejar de atenderlas, cuando parten de almas arrepentidas, que claman por misericordia y protección, si Él es amor, si es la caridad más pura que ya existió en nuestro planeta?

Qué es lo que somos nosotros, sino criminales arrepentidos, mujeres extraviadas que vuelven al redil, enfermos de cuerpo y espíritu, criaturas desamparadas en el desierto de la vida, que clamamos: «¡Señor, Señor, apiadaros de nosotros, que sucumbimos!» ¡Ah, mis hermanos, no dudéis! El Señor ama a la Humanidad terrena. Él la quiere, trabaja con fervor por su progreso y protege a los que lo invocan con sinceridad. Tenemos ejemplos de lo que afirmamos, y todo aquel que sigue las pisadas del Señor, amándolo y cumpliendo sus leyes, podrá tenerlos también.

Por eso entendemos que el espírita ha de amar al Señor; debe admirarlo y seguirlo hasta donde le sea posible; en sus leyes y en sus ejemplos; pues así evitará caídas que podrán ser muy graves, y que le pueden acarrear la tribulación en esta vida y el sufrimiento en el espacio.

III

ENTRE LOS HERMANOS Y EN LOS CENTROS

Todo espírita debe portarse con la mayor humildad posible, frente a sus hermanos. Porque la humildad es siempre un ejemplo de buenas maneras, jamás nos compromete, ni es causa de disturbios ni de riñas. Esa humildad, sin embargo, no debe ser nunca fingida, sino leal y siempre dispuesta a servir. El espírita debe siempre considerarse inferior a sus hermanos, disponiéndose a ser el servidor de todos.

Porque sabe que el servidor de todos debe ser el primero, y por más que haga nunca podrá pagar a Aquel que todo creó. Y por más que sepa, jamás alcanzará la infalibilidad. Así pues, siempre podrá equivocarse. Por tanto, comprendiéndolo así, nunca hará alardes de saber, ni de poseer facultades, y menos de considerarlas extraordinarias, mas expondrá sus ideas de manera prudente, sensata y con oportunidad.

Si alguna vez fuese importunado por uno de sus hermanos, procurará responder de buenas maneras. Si no fuese posible que, de momento, el hermano entienda sus razones, callará, esperando una ocasión propicia. Entonces, con la humildad que debe caracterizarle, tentará convencerlo y llevarlo a la razón si es posible. Así estará usando la caridad, porque todo espírita debe ser caritativo para con su hermano.

De la misma manera que para realizar una empresa, un negocio, adquirir algún objeto que nos agrada, hacemos a veces sacrificios trabajosos, y los conseguimos, el espírita no debe olvidar que no hay empresa mayor, ni trabajo más noble, que atraer el amor leal y sincero de sus hermanos. No hay en la Tierra nada tan provechoso como hacerse una criatura de paz, amor y concordia. Quien así hace, se torna una garantía para la tranquilidad y el progreso de sus hermanos, y constituye una base para toda la propaganda provechosa y eficaz del Espiritismo.

Cuando vemos, pues, que uno de los nuestros camina en el error, nadie debe de lanzarse contra él, pero sí debe recordar que todos podemos caer enfermos de cuerpo y alma. Si no fuese posible atraerlo por medio de la caridad, el espírita debe atraerlo por la indulgencia. Hay un gran medio de atraer a nuestros hermanos: tratemos de descubrir en ellos, sin faltar a la justicia, alguna cosa que los agrade y que podamos estimular. Cuando algún hermano se extravía en las costumbres o en las maneras, tanto en el hablar como en el obrar, no se debe nunca cubrirlo de murmuraciones, ni de juicios ligeros, ni abandonarlo, o rechazarlo, antes de haberse puesto en práctica los medios posibles de atracción hacia nosotros.

Digo que el descubrimiento de alguna inclinación o costumbre favorable, en el hermano faltoso, puede a veces servirnos para atraerlo. Procuremos aparentar que la costumbre o inclinación nos agradan, y por medio de ello contraer una amistad mas íntima, para ver si a través de una mayor confianza conseguimos ejercer la influencia moral para llevarlo al buen camino. Esto es lícito y de alto sentido moral, desde que el espírita que lo practique para ayudar a su hermano no venga también a extraviarse. Para dejarlo más claro: debemos estudiar nuestras buenas cualidades, para ver si, apoyados en su conjunto, podemos reparar los defectos. Mas cuando todo se hace para corregir un hermano, sin que él se deje convencer, es necesario que, sin ruido, sin cualquier roce, nos apartemos de él, procurando no contaminarnos y evitar que otros se contaminen. Siempre, sin embargo, después de adoptados todos los recursos que nos aconsejan la

humildad, el amor, la indulgencia y la caridad³

Se dice que todo espírita debe ser caritativo con su hermano. Esto se demuestra por el simple hecho de que la ley divina nos obliga a practicar la caridad con todos. Muchos más debemos practicarla con los que, del punto de vista espiritual, deben formar con nosotros una misma familia. Así pues, el espírita no debe abandonar a su hermano en una crisis, ni en la dolencia, ni en la miseria. Muy por lo contrario, debe ser para él como un padre o una madre, consolándole en sus aflicciones, asistiéndole en sus enfermedades, ayudándole en sus necesidades, protegiéndole en la vejez, dándole la mano en la mocedad. En una palabra: el espírita debe ser, para su hermano, la verdadera providencia terrena, sustentándolo en todo lo que pueda, en todos los trances de la vida planetaria. Así como moralmente debemos ser caritativos, indulgentes y humildes para nuestros hermanos, materialmente no debemos de ser menos. De esa manera es que crearemos entre nosotros una verdadera fraternidad. Porque el amor dispensa muchas cosas, y si llegamos al verdadero amor entre nosotros, no hay duda que soportaremos con gusto nuestros mutuos defectos.

Es ahí la manera de dar un buen ejemplo a la Humanidad que se presenta tan llena de males y egoísmos. Es ahí la manera de tornar más leve la cruz que, por ley, hemos de cargar en este mundo. Porque el amor es la savia divina, es el bien y la paz. Es ahí, pues, la manera de atraer la atención de la Humanidad y demostrarla que la palabra hermano no es apenas una fórmula, más la expresión del amor que sentimos. Es ahí la manera de constituir una familia que nos libraría de muchas amarguras que hoy nos oprimen y que nos daría muchos días de paz y de alegría. Reinaría en nuestras reuniones tanta cordialidad y tanto amor, que en ellas nuestros espíritus se regenerarían.

No quiero decir, con esto, que no haya paz entre nosotros; sin embargo, que habría más. No diré que no haya amor y protección, más esta sería más eficiente y otros horizontes se abrirían en nuestras reuniones, en nuestros Centros, en nuestras sesiones. Hay, entre nosotros, amor y protección mutua; sin embargo, ésta precisa ser más decisiva. El amor entre nosotros carece de más entusiasmo. Hay caridad, más ella debe ser más amplia y generosa. Si en la Tierra no es posible encontrarse moradas de paz, fuera de la familia, esto se debe dar entre nosotros. Por tanto es necesario que nos tratemos con indulgencia, amor y caridad.

Solamente así cumpliremos lo que nos propusimos, al venir para la Tierra. Pues no somos espíritas por acaso, mas porque vinimos preparados para tanto. No hay duda que hicimos propósito, desde el mundo espiritual, de practicar mucho el bien, y sólo la perturbación puede hacernos olvidar esos compromisos. Por eso, es necesario hacer grandes esfuerzos, para que la protección espiritual nos pueda despertar los recuerdos de los propósitos olvidados.

Y la verdad es que no siempre el amor en desarrollo, la caridad y la humildad dominan en los Centros y en nuestras reuniones. Causa lástima ver, como vi algunas veces, luchas en los Centros para la disputa de los primeros lugares. Es doloroso ver surgir las disensiones y las desavenencias, porque éste o aquél quiere ser el presidente. Esto nos demuestra hasta donde se puede llegar, cuando se pierde el buen sentido espírita. Y esto sucede cuando, en un Centro, se pierde el verdadero amor al Padre y el sentimiento de gratitud que debemos a Nuestro Señor y Maestro.

Los que ejercen más influencias en un Centro Espírita son los que deben vivir más alerta, los que más necesitan observar las reglas prescritas en los capítulos anteriores, porque son los encargados de vigilar y conducir los de menos alcance y comprensión. Si todos los espíritas deben ser practicantes de la caridad, de la adoración al Padre en espíritu y verdad, de la admiración constante por la grandeza de la obra de Dios y por su

3. Sabemos que los propios Espíritus Protectores (véase el capítulo sobre el asunto, en el *Libro de los Espíritus*) apártanse de las criaturas que se recusan a corregirse, El único remedio es dejarlas proseguir seguir en la difícil experiencia que escogieran.

providencia y amor eternos; practicantes de la admiración y estima por el Mártir Sublime, Señor de los señores; si a todos caben el conocimiento y el cumplimiento de su ley, la práctica de la humildad, de la indulgencia, de la templanza y del amor al prójimo, ¡cuánto más incumben todas estas cosas a los que llegan a tener influencias en los medios espíritas y dirigen a algunos de sus hermanos! La misión de esos dirigentes es sumamente delicada. Porque, según su manera de obrar, pueden llevar a algunos o muchos al buen camino o hacerlos encallar en los tropiezos de la vida.

Aquellos que, por su entendimiento, pueden comprender mejor y se convierten en guías de sus hermanos, no más se pertenecen a sí mismos, pasan a ser ejemplos para sus hermanos y no pueden falsear la verdad. Tienen que ser fieles a la ley divina y procurar siempre vivir alerta, para no caer en errores de interpretación. Deben ser modelos en todo. Nunca pueden dejarse dominar por el amor-propio, que es siempre un mal consejero y que todo espírita debe rechazar, mayormente los que disponen de inteligencia superior a la de la generalidad. Los que destacan por su comprensión pueden sacar grandes beneficios de su misión, elevándose a gran altura espiritual, si emplearan su existencia en beneficio de sus hermanos, haciéndose modelos de las virtudes y prácticas referidas. Pero pueden también contraer grandes débitos, si emplean su superioridad para satisfacciones personales, o si, obrando sin el debido cuidado, no consiguen producir los frutos que debían. A pesar de mi insignificancia, tiemblo solamente al pensar que podría cometer alguna falta, que por descuido o amor-propio, o por falta de amor a Dios y de gratitud al Señor, o aún por falta de indulgencia, amor y caridad, pudiese ser causa del extravío de alguno de mis hermanos.

No podemos ser infalibles. Mas cuando fallamos en la práctica de la ley divina, si ese fallo sólo perjudica a nosotros mismos, debemos corregirlo, y si exorbita de nosotros y puede perjudicar a nuestros hermanos, en la práctica del Espiritismo, debemos estar dispuestos a dar todas las satisfacciones necesarias, socorriéndonos de todas las virtudes que el caso requiera, hasta apagar de una vez las manchas de la falta cometida.

Acontece, a veces, que son dos las personas que ejercen una influencia decisiva sobre los hermanos de un Centro. Esas personas deben evitar siempre la formación de dos partidos, manteniendo a los hermanos siempre en la mayor unión posible. Mas si la influencia de ambas no basta para mantener la unidad y el amor entre los hermanos que deben reinar siempre en los Centros Espíritas, sólo les resta colocarse en los últimos lugares, sellando sus bocas y sólo hablando para recordar las enseñanzas del Señor. Hace poco tiempo, algunos espíritas me procuraran para dirimir sus cuestiones, dando la razón al lado que me pareciese más cierto. Los atendí, para que no dijese que no los quería escuchar. La cuestión consistía en que unos habían dirigido ciertas palabras desrespetuosas a otros. Cuando me pidieran un parecer, les respondí lo siguiente:

¿Los que pronunciaran esas palabras poco cariñosas pensarán antes de hacerlo, en el deber espírita de practicar la ley de la caridad, amor, indulgencia y fraternidad, a que nos obliga el Espiritismo? ¿Y los que fueran ofendidos, antes de andar con melindres, no se acordarán de que el Señor y Maestro dejóse besar por el apóstol traidor, y no respondió ni una palabra a los insultos, a los golpes, a las heridas que le infligían sus verdugos, más antes los perdonó y pidió perdón para ellos?

Y entonces concluí:

Id, pues, aprended lo que el Espiritismo os enseña, enteraros bien de lo que el Señor determina en su Evangelio y de lo que él mismo hizo. Y cuando estéis bien enterados y pongáis en práctica vosotros mismos esos ejemplos y enseñanzas, entonces me diréis quién está con la razón y quién

no lo está.

Así, entiendo que no es fácil existan disensiones donde reinen el amor, la caridad y la humildad. Porque cada uno se considerará como el servidor de los otros, y tendrá placer en serlo, porque sabrá que así da cumplimiento a la ley y así se desarrolla. Sabrá todavía que por ese camino llegará a su felicidad, en cuanto por el camino contrario labraría su propia ruina, que más hoy, más mañana, tendrá que enfrentar. Entiendo también que pueden aparecer problemas de difícil solución. En estos casos, los más prudentes se callan y suplican el auxilio de Dios, esperando que el tiempo y los acontecimientos pongan remedio a los males.

Sólo se recurre a una medida extrema cuando ni la caridad, ni la indulgencia, ni el amor y la humildad pueden remediar esos males. Mas esa medida debe ser ejecutada con prudencia, a través de las buenas maneras recomendadas por la más elevada moral, evitándose murmuraciones y, sobre todo hechos que puedan originar escándalos, fuera del medio espírita, porque entonces se incurre en una grave falta, pues escándalos y publicidad causan grandes daños a los que nos observan. Esas cosas dan motivo a que se consideren a los espíritas como a los demás hombres, que no siguen ninguna doctrina moral.

En resumen:

Entendemos que en los Centros Espíritas debe haber quien dirija y enseñe, pero éstos no se hacen por medio de votación o de la voluntad de algunos hermanos, puesto que ya vienen escogidos del Alto; por eso, es preciso el mayor cuidado en saber reconocer los que están más aptos para el trabajo especial; una vez reconocidos, débese procurar hacer que ocupen el lugar para el cual vinieran al Centro y, mientras no exista motivo, debe hacerse que permanezcan en el puesto, pues de lo contrario se corre el riesgo de perder la verdadera orientación lógica y caer en graves errores⁴

No nos cansaremos de repetir: en los Centros Espíritas donde reinen el amor y la adoración al Padre, en espíritu y verdad; la admiración, el respeto y el amor al Señor; la indulgencia la caridad y la humildad, no faltarán paz y armonía entre los hermanos. Por el contrario, su vida se deslizará más tranquila, sentirán el alma leve y alegre, porque muchas veces recibirán la influencia de los Buenos Espíritus. Harán gran progreso y tendrán una recompensa en el mundo espiritual, más de lo que pueden calcular.

4. El autor coloca, en este punto, el problema melindroso de la dirección de los Centros y demás instituciones doctrinales. Leyendo atentamente, vemos que él concilia la forma de elección con la del reconocimiento de la misión. No quiere decir que un hermano tome la presidencia o la dirección de los trabajos por mandato de los Espíritus, mas que hay personas «escogidas» por el Alto y encomendadas al Centro para ejercer funciones especiales. La propia congregación es la que debe «saber reconocer» o descubrir esas personas, eligiéndolas y manteniéndolas en su puesto. Es lo que generalmente se hace en las instituciones en que reina el amor evangélico. Las disputas de cargos sólo aparecen donde ese amor es sustituido por los intereses mundanos (N. del T.).

IV EL ESPÍRITA Y LA HUMANIDAD

Dice el Señor: «Vos sois la sal de la tierra; si la sal pierde su sabor, ¿con qué se ha de salgar?» Y fue como si dijese: que sois la luz del mundo; si la luz pierde su claridad, ¿con qué se iluminará? Todo espírita que hace profesión pública de su creencia no debe jamás olvidarse de que, por donde pasa, donde va y allí donde frecuenta está siendo observado y estudiado».

Porque nos observan y estudian, para ver como obramos nosotros, los espíritas, pues saben que nuestra manera de pensar es muy diferente de la manera de los que no siguen las ideas nuestras. De forma que debemos tener bien presente aquellas palabras de un gran espíritu: «Prudencia en el pensar, prudencia en el hablar, prudencia en el obrar». Porque, si nos olvidamos de las reglas que el espiritismo nos prescribe, alguna de las cuales están anotadas en los capítulos anteriores, podemos caer en ridículo, por no estar nuestros actos de acuerdo con la moral que el mundo espera de nosotros.

Esa moral, cuando bien practicada, es el mejor medio de propagar y exaltar nuestros principios. De manera que una actitud correcta y llena de dulzura tiene gran poder de atracción, y podemos conquistar con ella la simpatía de muchos, haciéndonos agradables por nuestro trato. Nuestras maneras y costumbres son el primer instrumento que todo espírita debe usar en la propaganda doctrinaria. Primero, obrar; después, hablar. A no ser que la necesidad y las circunstancias nos obliguen a hablar primero. Cuando así tengamos que hacer, debemos ser muy prudentes y humildes, dando pruebas de una buena educación. Sin embargo, siempre que sea posible, debemos obrar primero. Vale más que nos conozcan primero por nuestras obras, que por nuestras palabras. Así cuando llegue nuestra hora de hablar, nos escucharán con más respeto y seremos mejor atendidos.

Evitemos entrar en la propaganda de nuestras ideas, aguardando la ocasión oportuna. Comencemos entonces por demostrar lo que es la moral del Espiritismo, cuáles sus tendencias y sus fines, que son tornar los hombres mejores, conquistar la paz para la Humanidad y revelar un porvenir más feliz que aquel que nos espera en la Tierra. Sólo debemos entrar en la explicación de los fenómenos espíritas, cuando las personas a quienes hablamos ya tengan aceptado la moral, comprendiendo algo de su sublimidad. En esos casos en que podamos hablar de los fenómenos, debemos explicar aquellos que pueden ser mejor comprendidos, de acuerdo con el alcance de nuestros oyentes.

Hemos oído, a veces, algunos espíritas exponer fenómenos entre personas extrañas a la doctrina, dando explicaciones de hechos que están muy fuera del alcance de los oyentes. Eso, casi siempre, resulta en burla o en una mayor incredulidad, porque el espírita es luego considerado como fanático, perdiendo así toda influencia moral sobre esas personas. Por eso, la propaganda moral es casi siempre bien recibida, y más aún si el espírita que la propaga sabe portarse de manera correcta, lo que es muy fácil para todo espírita estudioso, que esté bien compenetrado con lo que el Espiritismo le prescribe.

No se debe olvidar que uno de los primeros mandamientos de la ley es: Amarás al prójimo como a ti mismo. Si bien que sea muy difícil practicar este mandamiento al pie de la letra, no es menos verdad que los espíritas están obligados a practicar la caridad con sus hermanos de creencia. Ora, si entre nosotros debemos ser indulgentes, benévolos, y debemos de ayudar, cerrar los ojos y hasta perdonar, no hemos de hacer menos por la Humanidad. Los no espíritas empéñanse a veces en cuestiones, altercados, disputas, riñas y no raramente se maltratan. Debemos huir enteramente de todo eso. Si con

buenas maneras podemos colocar las cosas en sus lugares, es así que debemos hacer. Mas, si para tanto debemos apartarnos de las reglas prescritas, es preferible callar, buscando la mejor manera de salirnos de la dificultad. Y si, a pesar de ello, de nuestra prudencia y de nuestro amor, no pudiéramos librarnos, debemos sufrir con paciencia las iras de la ignorancia y de la mala fe. Debemos perdonar sin reservas, del fondo de nuestra alma, y pagar el mal con el bien, siempre que sea posible.

Por eso, no podemos olvidar la figura del Maestro y Señor. Él es el modelo, la verdad y la vida. ¿Qué dijo Él cuando lo insultaban, apostrofaban, maltrataban y escupían? Nada. Bajaba los ojos y perdonaba en su corazón. ¿Pues si Él, que era tan elevado y tanto podía, hizo exactamente como enseñó, haremos nosotros lo contrario? ¡Desgraciado del espírita que tiene la oportunidad de devolver el bien como pago del mal y no lo hace! ¡Desgraciado del espírita que puede perdonar y no perdona! Pues días vendrán en que exclamará, «¿De qué me sirvió saber lo que sabía, y de haberme llamado espírita? ¡Más me valiera nada saber, para no arcar con tamaña responsabilidad!».

Hay espíritas que, guiados por su ardiente caridad, se dedican a curar enfermos por medios magnéticos, sea con agua sea con pases. Cuando a estas prácticas no se mezclan segundas intenciones, existiendo apenas un amor ardiente por los enfermos y el deseo puro de hacer el bien, con entusiástica fe en el Padre, pueden alcanzarse buenos resultados. Entre tanto, se debe de considerar que, si el espírita debe usar de prudencia en todos los casos, mucho más deberá usarla cuando pretende dar salud a los enfermos. Debe él llevar una vida muy pura, exenta de faltas y defectos que puedan retirarles la buena protección, por que, de lo contrario, en lugar de hacer bien a los enfermos, les hará mal, perjudicándolos.

Aquel que desea aliviar o curar a la Humanidad doliente, aunque sea en el ámbito de sus relaciones particulares, debe llevar una vida de santidad. Llamémosla así, para distinguir mejor al que la practica, tanto más si el espírita que cura no es dotado de conocimientos médicos o de otra ciencia que lo autorice a tanto. Los que, sin embargo, sólo lo hacen por amor a la Humanidad, deben despojarse de todo lo que pueda empañar el brillo de sus espíritus, para que su periespíritu y su cuerpo puedan transmitir los buenos fluidos. De manera que deben aplicarse constantemente, la siguiente máxima: «Si quieres curar a los demás, cura primero tu cuerpo y tu alma, pues, de lo contrario, ¿cómo curarás a los otros, si estás enfermo?».

Claro que deben ser observadas las costumbres y las maneras que atrás señalábamos, absteniéndose de hacer a los enfermos promesas que no pueden ser cumplidas. Pues el que se dedica a prácticas tan elevadas nunca debe confiar en sus propias fuerzas, más contar apenas con su buen deseo, su buena voluntad y, sobre todo con la ayuda de Dios y de los Buenos Espíritus, procurando tener fe en Aquel que curó a los ciegos, los parálíticos y resucitó los muertos. Así haciendo, mucho podrá esperar del Todopoderoso, y su misión será un consuelo para los que sufren y lloran.⁵

Mas no debe olvidar que precisa dar de gracia lo que recibe de gracia, porque es muy perjudicial y antiespírita hacer de la protección del Alto una profesión lucrativa. Es bueno hacer la caridad, pero es muy malo explotarla.

En Resumen:

La Humanidad gime, llora, se desespera, por lo mucho que sufre; el egoísmo todo consume; las víctimas de la maldad se suceden sin parar; las religiones se desviaron del camino; los hombres de bien, intermediarios entre la Humanidad y la Providencia, son escasos;

los espíritas están encargados de traer la luz, ya que saben por qué la Humanidad

5. En el original hay esa maravillosa expresión: «su misión será un paño de lágrimas». que traducimos apenas por: será un consuelo. Que no se pierda la imagen original (N. del T.).

sufre, por qué llora, por qué se desespera;

sacrifiquémonos, pues, para poder explicarle la causa de sus sufrimientos, de sus lágrimas, de su desesperación;

procedamos de manera a demostrar que el dolor depura, eleva, santifica, exalta, y así cumpliremos nuestra misión.

El espírita que mucho quiere hacer por sus semejantes no debe perder de vista al Señor cuando lo azotaban atado al pilar, cuando lo coronaban de espinas, cuando cargaba la cruz, cuando consumaba su sacrificio, para saber imitarle en sus actos de amor por la Humanidad de abnegación y de sacrificio.

«Vos sois la sal de la tierra; si la sal pierde su sabor, ¿con qué se ha de salgar?».

V

EL ESPÍRITA EN LA FAMILIA

Si el Espírita debe ser prudente, virtuoso, tolerante, humilde abnegado y caritativo, entre sus hermanos de ideal y en el seno de la Humanidad, ¡cuánto más lo debe ser en la familia! Si son sagrados los deberes que hemos de cumplir entre nuestros hermanos y en la Humanidad, mucho más lo son los que tenemos que cumplir en la familia. Porque debemos considerar que, más allá de los vínculos que en esta existencia nos unen con lazos indisolubles, tenemos siempre historias pasadas, que se enlazan con la historia presente.

Los que no son espíritas atribuyen todo a la casualidad. Nosotros sabemos, sin embargo, que no hay efecto sin causa, y que las contrariedades o alegrías de hoy son la continuación de nuestras vidas pasadas. Por eso, el espírita debe ver en su familia un grupo que le fue dado en custodia, y para el cual tiene muchos deberes a cumplir y muchos sacrificios a realizar. Por eso, el esposo debe ser el apoyo y el sustentáculo de la esposa; debe amarla, respetarla, protegerla, aconsejarla, orientarla y proporcionarla en todas las circunstancias de la vida, lo que sea necesario. También la esposa debe obediencia, amor, respeto y sinceridad al esposo, siendo éste, para ella, siempre la primera persona a quien debe confiar sus secretos y todas sus tendencias, sin faltar jamás al respeto y a la obediencia, que debe al que Dios le dio como guía en este mundo de dolor.

Se que para muchos estas palabras son desnecesarias. Mayormente, cuando los esposos tienen las mismas tendencias, son ambos de buen temperamento y sienten las mismas aspiraciones. Mas cuando entre ellos hay temperamentos opuestos, o un mal genio que torna difícil la unión, ya es otra cosa. ¡Y si el esposo entra en choque con la familia, que no quiere aprobar sus ideas, ni concordar que profese el Espiritismo! ¿Cómo se arreglará ese jefe de familia? Es muy difícil prescribir reglas para casos particulares. Sólo podemos decir, en este caso, que el espírita debe escudarse en su prudencia, con tacto y paciencia a toda prueba. Es entonces que debe estar más unido al Alto, tener mucho amor al Padre, recordar siempre la paciencia y la abnegación del Señor, y permanecer en contacto con su Guía Espiritual, por medio de la oración y por la práctica de la indulgencia hacia los que le atormentan.

Su conducta en la familia debe ser un bello modelo de todas las formas de virtud, para que el ejemplo pueda un día llevar la comprensión o por lo menos la tolerancia a una parte de los suyos. Y, aunque a tanto no sea posible llegar, que no se rebele, que se deje sacrificar, y si fuese necesario, acordándose de que él, hoy es el resultado del ayer, pues así haciendo podrá esperar una gran recompensa. Vi, en mi vida de espírita, dos hermanos que sufrieron mucho con sus familias. Y, a pesar de sus sacrificios, de su paciencia y abnegación, no consiguieron la tolerancia de los familiares, siendo constantemente objeto de burla y desprecio por parte de los seres más queridos. De estos dos hermanos, ya desencarnados, tuve ocasión de recibir comunicaciones que, moralmente hablando, son de enorme elevación y demuestran una felicidad tan grande que, puedo asegurar, ningún otro jamás demostró, entre los desencarnados en nuestra época.

El sacrificio fue tan grande en la Tierra, pues nada es tan doloroso como el vernos despreciados y ridiculizados por aquellos que amamos. Mas esos sufrimientos son doblemente recompensados por nuestro Padre, nuestro Dios, que todo tiene en sus manos, todo sabe y todo puede. Además, estas situaciones son excepcionales y pocos se

encuentran en ellas. Lo más común en el espírita ser padre de algunos hijos, cuya misión no está exenta de peligros, siendo a veces necesaria una abnegación a toda prueba, dirigida por el buen sentido espírita.

A veces, no todos los hijos son buenos como el padre desea. Por el contrario, acarrear disgustos y sinsabores, que inciden en un gran sufrimiento. Los padres, entonces, precisan saber sufrir, teniendo mucho cuidado en mantener el mismo afecto para todos los hijos, tanto para los buenos, como para los que le disgustan. El espírita debe sentir el mismo amor por todos sus hijos. Y no debe olvidar que los más necesitados de su misericordia son los menos provistos de bondad y comprensión. Hay hijos que llevamos por la mano a toda parte, y hay otros que no basta cogernos por la mano, es preciso arrastrarlos. Conozco padres espíritas que, empero amando a todos los hijos, dieron preferencia a los más pacíficos y más obedientes. Si esto no fuese más en apariencia de que en la realidad, podría ser una buena manera de conducir a los demás nuevamente al buen camino. Mas no fue así. Por el contrario, dando preferencia a algunos, relegaron a los demás al olvido. Esta es una actuación equivocada, que puede costar muy caro al que la ejerce.

Es verdad que a veces el padre no puede tratar a todos de la misma manera, en virtud de la diferencia de conducta y de comprensión de los hijos. Pero el padre y la madre deben mantener el amor en sus corazones y, si posible, mucho más fuerte por el hijo que más necesita, sea por su atraso moral o por otros motivos. Pues todo espírita que tenga hijos no debe olvidar que no los tiene por acaso. No fue por casualidad, más obedeciendo a un plan providencial para su bien y el de sus hijos, que ellos nacieron. Quién sabe si fueran enemigos, que tienen deudas para ajustar, y por eso Dios los pone uno al lado del otro, unidos por los lazos de la familia, para satisfacer un pago que de otra manera no podrían hacer. ¡Quién sabe si la mujer abandonada de otras existencias, que sirvió apenas para satisfacer caprichos, viene ahora a reclamar el apoyo a que tiene derecho! Por eso, el espírita, debe tener el mayor cuidado en la educación de todos sus hijos, más aún, ha de velar por los hijos que vinieron cargados de imperfecciones y son la causa de grandes disgustos.

¡Cuántos casos hay, entre los encarnados, que, si pudiésemos conocerlos, nos harían bajar la cabeza y ponernos de sobre aviso! En la verdad, no podemos conocerlos. Nos basta saber, sin embargo, que no hay efecto sin causa, y que Dios, en su infinita sabiduría, nada hace de inútil ni de injusto. Así, cuando el hombre encuentra una esposa mala, o la mujer encuentra un mal marido, no es por acaso, más por una sabia determinación. Si un buen padre tiene malos hijos, no se trata de castigo, más de las consecuencias de una ley justa. El espírita, que conoce todas esas cosas y todavía muchas otras, no puede considerar la vida como un simple paseo, más como una secuencia de hechos que lo herirán hasta lo más profundo del alma, que lo harán sufrir y derramar lágrimas. Más justamente por eso debe ser fuerte, de ánimo firme, compasivo y abnegado, caritativo para con todos, y muy especialmente para con las imperfecciones de sus hijos, depósitos sagrados que el Padre le concede, para que sea su protector y guía, a fin de hacerlos avanzar por lo menos un paso, en el caso de no poder hacer más.

Todo espírita debe proceder con mucho cuidado en la misión de la paternidad, para no dejarse arrastrar jamás por una atracción de causa desconocida, en favor de unos hijos, ni por la frialdad que puede sentir en relación a otros. La justicia y el deber deben regular esas afecciones o repulsiones secretas, que brotan del alma. Ya dijimos que un hijo nuestro puede ser un gran enemigo de otras existencias, o un amigo cariñoso. Y no hay duda que, en las profundidades de nuestra alma, resuenan aún los recuerdos del pasado. De ahí la razón de la eficiencia del espiritismo, para hacernos progresar, pues su solución definitiva es que debemos amar, amar y amar. Sí, amar a los que nos quieren, a los que nos odian, a los que nos protegen o nos persiguen, a los que nos hacen el bien o nos desean el mal. Por señal que este mandamiento, que es la ley para la convivencia

humana en general, lo es más aún en el seno de la familia. El espírita que consiga tener el amor como ley y lo ponga en práctica, no estará en tinieblas. Su vida terrena fluirá plácidamente, y después de ella alcanzará la felicidad.

Cuando el espírita no tiene esposa e hijos, pero tiene aún a los padres, no debe olvidar el deber de tributarles todo el respeto, cariño y amor. Ha de considerar que fueran en la Tierra los representantes de la Providencia para él, lo que le obliga a darles paz, consuelo, protección y amparo. Está en el deber de hacer por ellos lo que de ellos recibió, y aunque sus padres no se hubiesen portado bien, no está por eso menos obligado. Porque, en ese caso, ellos pertenecerían a la orden de los espíritus inferiores, y el espírita debe ser un ejemplo constante de virtud y abnegación; para que ellos aprendan lo que no sabían: cumplir con sus deberes.

En resumen:

Creemos que el espírita, en todas las situaciones de la vida, ha de portarse como buen hijo, buen esposo, buen padre, buen hermano y buen ciudadano;

así, como practicante de la ley divina, cuyo sentido práctico está en la enseñanza y en el ejemplo del Señor y Maestro;

será luz para iluminar a los que están a su alrededor.

será mensajero de paz y amor para todos;

y llevará la paz de las Moradas de la Luz hasta los hombres de la Tierra.

VI EL ESPÍRITA ANTE SÍ MISMO

Todo hombre es demasiado indulgente para consigo mismo. Siempre encuentra medios para justificar su conducta, aunque ésta no sea lo suficientemente correcta. Procura siempre disculpar sus defectos y atenuar sus faltas. Tanto es así, que escuchamos a menudo, de aquellos a quienes hablamos de Espiritismo: «Yo no creo en nada, apenas acompaño a la mayoría; pero, en lo que concierne a la otra vida, creo que lo mejor es hacer todo el bien posible. Así, si existe alguna cosa después de esta vida, nada de malo podrá acontecerme».

Esos hombres entienden que practican el bien siendo buenos padres, no haciendo ningún mal, ni en su casa ni fuera de ella, pagando todas sus deudas, cumpliendo sus compromisos y dando algunas limosnas cuando les place. Acreditan que así cumplen con el deber y están preparados para cuando sean llamados a juicio. ¡Pero cómo están engañados! La sociedad procede mal, y lo que a veces para ella es corriente, constituye falta grave ante la ley divina. No basta evitar el mal. Es necesario hacer el bien, mucho bien. ¡Y cómo el hombre sabe si está haciendo mal o bien, si no sigue la ley divina, mas observa apenas la ley humana?

¿Aún que cumpla sus deberes sociales, dónde estará la práctica del «amarás al prójimo como a ti mismo»? ¿Y del pagarás el mal con el bien; si te hieren en un lado de la cara presentarás el otro; bendecirás a los que te maldicen; orarás por los que te persiguen y calumnian? Las leyes humanas no cubren las faltas que no figuran en el código penal, pero las leyes divinas alcanzan a todas las faltas que se relacionan con la conciencia. Por eso, los que piensan como encima están equivocados. Pues si viven en paz, según la ley humana, están en falta con la ley divina, y cuando sea llegada su hora sufrirán las consecuencias de ese error. Por otro lado, mientras continúen pensando y obrando de esa manera, la sociedad no se reformará, y todos continuarán siendo víctimas del propio egoísmo y de la falsa interpretación de la ley, que inevitablemente dará a cada uno según sus propias obras.

Nosotros, los espíritas, no debemos proceder así. Todo espírita deberá ser muy severo consigo mismo. Nunca, en su íntimo, deberá disculparse una falta, nunca deberá procurar atenuantes para justificar su conducta, cuando ésta deja que desear. Deberá ser siempre el primero y el más severo juez de sí mismo. No puede olvidar que está en este mundo y tiene que sufrir y luchar por causa de su atraso, de sus imperfecciones y de sus deficiencias, y que urge libertarse de todo lo que sea contrario al amor, a la virtud, a la caridad, a la justicia. Pues, de lo contrario, en vano procurará la paz y nunca podrá honrar la doctrina que profesa, ni será digno de llamarse espírita.

Bien sabemos cuánto es difícil ser justos en todas las cosas. Mas el espírita, empero conserve aún los residuos de lo que fue en el pasado, debe luchar constantemente para avanzar en el camino de la depuración, sin desalentarse delante de las dificultades que encuentra para rehabilitarse, hasta llegar a ser una criatura enteramente digna.

Para conseguirse eso, aconsejamos una práctica que hemos seguido durante muchos años, y que nos dio los mejores resultados, ayudándonos a obtener todas las condiciones necesarias para alcanzar nuestro propósito de vivir con justicia, dentro del amor de Dios.

Cada espírita procurará, todos los días, antes de acostarse, hacer un examen de todo lo que sintió y realizó en la jornada transcurrida. Hay tres maneras de cometer faltas: por pensamientos, palabras y actos. La falta por pensamientos decorre de pasiones injustas o mal contenidas, de no ser indulgente para las faltas del prójimo, de codiciar cosas indebidas. El espírita puede sentir deseos condenados por la ley divina.

Falta por pensamiento.- Los espíritus perturbadores muchas veces tentan al espírita a través de deseos indebidos. Muchas veces consiguen mantenerlo bajo su dominio. Aunque él no llegue a cometer la falta, esto le causa malestar y le imposibilita, mientras está bajo la tentación, de concebir buenos pensamientos y buenos deseos y, por tanto practicar el bien. Al hacer el examen diario, viendo que está sugestionado por malos pensamientos, el espírita debe tomar el firme propósito de resistir a esas influencias impuras y faltas de caridad. Para eso, pedirá fuerzas al Padre, recordará la pureza de las palabras y de los actos del Maestro Sublime, y no debe olvidarse de que todos tenemos un Ángel-Guardián, encargado de guiarnos, el cual tendrá mucha satisfacción en colaborar en nuestra regeneración, ayudándonos como sus protegidos, desde que persistamos en los buenos propósitos.

A veces no se consigue un resultado inmediato, aunque eso ocurra, el espírita que cometió falta por pensamiento no debe acobardarse, mas persistir, día a día, en sus buenos propósitos, pedir y confiar, y después verá cómo sus esfuerzos serán coronados de completo éxito. Entonces se sentirá más tranquilo, los buenos pensamientos lo envolverán y conseguirá sin más dificultades entregarse a la práctica del bien. (Confiante en la ley de la evolución, y sabiendo que la construcción del bien es difícil en un mundo todavía inferior como es el nuestro, en el que prevalece el mal, el espírita no debe acobardarse ante los primeros fracasos. Aunque la victoria demore en llegar, su deber es luchar, apelando constantemente al Alto, pues la Doctrina le enseña que no fuimos hechos para la perdición, mas sí para la salvación. Si las fuerzas le faltasen, debe levantarse de cada caída haciendo nuevos propósitos de vencer y renovando sus pedidos al Espíritu Protector)⁶.

Falta por palabras.- Si cometió falta por palabras, siendo indiscreto por imprevidencia, intolerante o brutal, el espírita no debe llenarse de amor propio, mas, reconociendo su error, ha de sin más tardar, procurar el ofendido o los ofendidos y darles plena satisfacción, con absoluta sinceridad, demostrando verdadero arrepentimiento, hasta conseguir que la falta le sea perdonada. Entonces, al hacer su examen de conducta, el espírita tiene algo más que pedir al Padre y rogar al Señor, que tan amable fue para con todos. Debe llamar con vehemencia a su Guía Espiritual procurando tomar las buenas resoluciones que sean necesarias para corregirse de ese defecto, haciendo todo para cumplir los buenos propósitos que tomar.

Si no consigue el triunfo tan deprisa como lo desearía, no debe tampoco acobardarse, mas resistir y perseverar, pidiendo, arrepintiéndose y dando tantas satisfacciones a los otros como sean necesarias, cada vez que incurrir en esa falta. Todo eso sin olvidarse de que esa conducta le garantizará la Protección del Alto y le pondrá en condiciones de ser reconocido, por las personas de sus relaciones, como una criatura de buena voluntad, a pesar de sus defectos. Esa actitud hará que, sin demora, vea corregidos los impulsos que lo llevaban a la falta por palabras.

Falta por acción.- Si la falta es por acción, es más grave, y el espírita debe

6. Lo acrecentado entre paréntesis es nuestro por inspiración del momento. Recordamos aún lo siguiente: El espírita sabe que el mal no es permanente y que Dios no condena a los que desean sinceramente enmendarse; no hay pecado mortal en el Espiritismo; de esa manera, el espírita nunca tiene motivos para desesperarse o dejarse vencer. (N. del T.)

procurar, por todos los medios posibles, evitar incurrir en ella de nuevo. Hay acciones que pueden constituir faltas leves, como otras que pueden ser graves. Las primeras, el espírita puede corregirlas con la ayuda de Dios, de los Buenos Espíritus y de sus hermanos encarnados. Digo con la ayuda de éstos también, porque el espírita, cuando incurre en una falta de esa naturaleza, no debe fiarse de sí mismo, mas, allá de sus propósitos y de la ayuda de los Buenos Espíritus, debe todavía procurar el consejo de los hermanos que, más experimentados, tengan ya adquirido otro temperamento y otras virtudes. Siendo humilde y estando realmente arrepentido de sus faltas, los hermanos pueden ayudarlo con sus consejos. Así, con el auxilio del Alto, de los hermanos en la Tierra, y afirmado en sus propósitos, puede llegar a corregirse y tomarse un espírita correcto.

Si la falta es grave, acarrea consecuencias que no se borran apenas con buenos propósitos, puesto que exigen también la expiación; Por eso, aconsejamos a todo espírita, que infelizmente tenga incurrido en una falta grave, la práctica de una grande penitencia, como único medio de borrarla. Entendemos por penitencia el olvido de todo lo que pueda desviarlo de la corrección necesaria; una vida de recato, de abnegación, sufriendo todo por amor a Dios y como medio de reparación; dedicarse a la caridad para con los pobres, los dolientes, los afligidos, sin pensar sino en agradar a Dios y ser útil al prójimo, en la medida de sus fuerzas. Solamente así conseguimos borrar las faltas graves.

Así pues, el espírita que, en los exámenes de conciencia, se encuentra desgraciadamente en este caso, tendrá que hacer grandes esfuerzos de arrepentimiento y muchos propósitos decisivos, no reculando hasta conseguir su rehabilitación. Mucho pueden el arrepentimiento, la oración y la práctica de la caridad.

Los espíritas que sigan nuestros consejos, y las prácticas que indicamos en los capítulos anteriores, mucho podrán adelantarse y mucho podrán encontrar en la vida futura. De lo contrario, muy difícil les será salir de esta existencia y tener una vida tranquila y feliz en el Espacio.

Hay espíritas que -y no son pocos- viven siguiendo los impulsos de su corazón, sin preocuparse con las faltas de pensamientos y de palabras. Aunque atenten para las acciones, no dan la suficiente importancia al problema de la justicia en la conducta. Ésos, aunque no practiquen faltas graves, viven sin una regla segura y no avanzan, y en muchas cosas se diferencian poco de los que no son espíritas. Esos hermanos van mal, y están expuestos a caer en malas condiciones cuando dejen la Tierra. El procedimiento de hoy puede costarles en el futuro muchas lágrimas y muchos sufrimientos. Por eso, muchos espíritas desencarnados, según hemos visto en nuestros estudios, cayeran en mala situación, siendo pocos los que adquieren una posición brillante en el Espacio.

Es la falta de estudio de sí mismos, del cuidado en la manera de hablar, de pensar y de obrar, que acarrea esas consecuencias. Hay, pues, que vivir apercebidos, no distraerse en la vida terrena, aprovecharse de ella para el progreso, para la conquista del verdadero bienestar. Es necesario orar, pedir, suplicar y también aconsejarse con los que tienen más experiencia de la vida de purificación. Hay que consultar libros de moral espírita, sobre todo **El Evangelio según el Espiritismo**, de Allan Kardec, en el cual están previstos muchos de los peligros con los que nos podemos enfrentar en la vida terrena.

Es preciso no olvidar -esto todos los espíritas deben tener presente- que el tiempo de nuestra vida en la Tierra es sumamente corto, y que el tiempo que tendremos que pasar, y que sin remisión nos espera en el Espacio, será sumamente largo, siendo felices o infelices, según hayamos cumplido o dejado de cumplir nuestros deberes espirituales. Procuremos, pues, progresar en virtudes, en amor, en adoración al Padre, en respeto y veneración para con nuestros semejantes, y no dudemos de que nuestra felicidad será grande. Tendrán llegado a su fin los sufrimientos y los males, que por tantos años nos afligen y nos mantienen retenidos en planetas de expiación.

VII EL ESPÍRITA ANTE EL SUFRIMIENTO

Sabemos que la Tierra es lugar de expiación y dolor, como sabemos que el dolor purifica y eleva. El dolor es uno de los medios por los que progresamos más rápidamente. ¿Cómo, pues, debemos encarar los dolores y los sufrimientos físicos de la vida? Con calma y resignación, y hasta con alegría. Recordando siempre que el dolor es el camino más rápido para nuestra ascensión a las más altas regiones, y el medio más seguro de alejarnos de las veleidades humanas.

Hemos visto espíritas que supieron sufrir con resignación y alegría. Empero en los momentos de paroxismo del dolor estuviesen quietos y serios, y a veces cansados, lo que es muy natural, una vez pasados esos momentos estaban relativamente tranquilos y alegres. Y cuando la dolencia les daba treguas, mostrábase expansivos y dispuestos a exaltar la Justicia de Dios. Fueran pocos los que vimos. Mas lo que desencarnaran, y de los cuales pudimos saber posteriormente, se mostraban siempre en un estado muy feliz en el mundo espiritual, satisfechos por haber sabido sufrir con serenidad los dolores de la existencia material.

Vimos otros espíritas que, empero aparentasen resignación, también lloraban y lamentaban sus muchos sufrimientos. Entiendo que esos espíritas no andaban bien, y no estaban libres de caer. Porque la tristeza engendra el mal humor, que puede dar lugar a la murmuración contra el destino. Y cuando llegamos a la murmuración, estamos a un paso de la revuelta. Un espíritu en ese estado revela atraso moral y desconocimiento de la ley divina. ¿Qué diríamos de un comerciante que reclamase de tener muchos negocios a realizar, ganando mucho dinero? Diríamos que era un mal comerciante, incapaz de aprovechar las buenas oportunidades. Así son los espíritas que, delante de los dolores de la vida, se entristecen o se atribulan, y a veces se rebelan.

El espírita debe encarar la existencia material como un curso de pruebas de toda especie: físicas y morales, que sirven para llevarlo a un verdadero progreso. Nunca debe confundir esa existencia con la verdadera vida, mas encararla como un período de estudios y pruebas, en que se prepara con vistas a esta última, que se encuentra en la erraticidad. Cada día que pasamos en la carne corresponde a millares de años que iremos a vivir en el Espacio. ¿Qué significan, pues, estos pequeños períodos que llamamos de vida material, delante de la vida espiritual que nos aguarda? Si la ley nos obliga a sufrir, porque nada en la Creación escapa a la Justicia, debemos hacerlo con la mayor serenidad. Pues sabemos que eso constituye para nosotros un gran bien, y que llegamos a la hora de probar si el Espiritismo penetró en nuestro interior o si permanece apenas superficialmente.

Si es superficial, no podemos llamarnos espíritas. Si estuviese arraigado en lo más hondo de nuestra alma, sabremos encarar las pruebas y dolores de la existencia como necesarias, y honraremos la doctrina que profesamos.

Ningún espírita debe dudar de que en el Reino de Dios no se entra de sorpresa, ni se alcanza la felicidad, sino después de la purificación. Así es, que las comodidades, las alegrías mundanas, los goces de la Tierra, no son los caminos indicados para que alcancemos la felicidad en el espacio. También no debe dudar de que, cuanto más próximo se encuentra de su felicidad espiritual, más sometido será a todas las pruebas terrenas. Basta recordar la vida de los mártires, de los justos, de los humildes y de los buenos, y compararla con la manera de vivir de los grandes del mundo, de los opulentos, de los potentados, para ver que, mientras los primeros tienen los ojos vueltos para el

futuro, los segundos no ven más allá de las delicias mundanas. De eso nos da una excelente prueba el Señor y Maestro, en sus mandamientos y en sus actos.

Bienaventurados los que sufren, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

Bienaventurados los afligidos, porque serán consolados.

Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios.

Estas son las palabras del Señor. Confiemos en Él. Sigamos su ejemplo. Todo espírita sometido a grandes dolores manténgase fuerte, lleno de calma, de amor al Padre, de resignación y sumisión a la Justicia Divina. Y si a veces la tentación lo envuelve, que se defienda con la oración con el amor por los que sufrieran antes que él, no olvidando jamás que, por detrás del dolor soportado con alegría y calma, vendrá la felicidad en la vida eterna.⁷

7. Debemos recordar todavía que la revuelta aumenta el dolor, intensifica el sufrimiento, mientras la resignación favorece la acción benéfica de los Espíritus Superiores, siempre dispuestos a auxiliar a los que sufren. La oración es el gran lenitivo de los dolores sin remedio. Por ella, el espíritu en pruebas establece ligación fluídica con sus Bienhechores Espirituales, que le darán el alivio posible y la fuerza moral necesaria para soportar las pruebas hasta el fin. (N. del T.)

VIII LOS CENTROS ESPÍRITAS

Los Centros Espíritas deben ser la Cátedra del Espíritu de la Verdad. Porque, si no sirven al espíritu de luz, sufrirán la influencia del espíritu de las tinieblas. Y desgraciados de aquellos espíritas que estuvieran bajo esa influencia, pues, poco, bien poco, podrán avanzar en su evolución. Se ven algunos Centros Espíritas caer en la práctica de graves aberraciones, por falta de buen sentido y por no adoptar medidas adecuadas a las circunstancias. Son dominados por influencias perversas, contrayendo tremendas responsabilidades, en vez de progresar y perfeccionarse.

Las iglesias cristianas dicen que su púlpito es la cátedra del Espíritu Santo. Sabemos, sin embargo, que no hay santos, en el verdadero sentido de la palabra, mas apenas espíritus más o menos adelantados, más o menos perfectos y puros, y que el Espíritu de la verdad puede, en dadas circunstancias, inspirar a un político, a un sacerdote, a un cientista, sean cuales sean sus creencias, según la importancia del asunto que estén tratando. Pero eso, no es por cualquier especie de privilegio, sino porque es ése el medio de que la Providencia se vale para hacer que la Humanidad progrese, la manera de que se vale el Altísimo, para producir las mudanzas necesarias a la regeneración humana. Por tanto, nunca se podrá atribuir a ninguna escuela, ni religiosa, ni política, ni social, la asistencia exclusiva del Espíritu de la Verdad.

Digo, sin embargo, que los Centros Espíritas deben ser la Cátedra del Espíritu de la Verdad. Y lo digo porque, en los Centros Espíritas, realizamos sesiones mediúmnicas, y en éstas, como todos sabemos, se reciben comunicaciones que son inspiradas a los médiums o a ellos transmitidas por los espíritus. Ora, si estos espíritus no son de la Verdad, ¿qué será de los que se dejan orientar por espíritus de la Mentira? No podemos olvidar que las comunicaciones son escuchadas con la máxima atención, y que la mayoría de los presentes a las sesiones dan mucha más importancia y prestan más atención que a las exhortaciones de los espíritas más entendidos. Así, si las comunicaciones son inspiradas por el Espíritu de la Verdad justificase y es de mucho provecho la atención que le dispensan; mas, si el comunicante es un espíritu voluble o mistificador, no hay duda de que la influencia ejercida sobre los presentes será perjudicial.

Por eso hemos de preocuparnos, con ahínco, para que en los Centros Espíritas sea el Espíritu de la Verdad quien predomine y exhorte durante las sesiones. Y como no hay lugar ni fórmula para atraer los espíritus de luz, es necesario observar algunas reglas, para atraerlos y hacerles agradable la permanencia en las reuniones. Entiendo que, para eso, los Centros Espíritas deben ser casas de amor, de caridad, de indulgencia, de perdón, de humildad, de abnegación, de virtud, de bondad y de justicia, a fin de que puedan atraer a los Buenos Espíritus.

El presidente o director de un Centro Espírita debe ser, en todo, un ejemplo. Porque, si cabe a todos los que constituyen el Centro procurar seguir una conducta modelar, más aún le compete al que dirige y enseña. Éste debe ser paciente al máximo, nunca debe precipitarse, no puede dejarse arrastrar por influencias tendenciosas, sin tomar en consideración el interés de todos. Si es posible, debe estudiar, observando las debidas reglas de prudencia, el carácter y las tendencias de cada uno de los hermanos que se encuentran bajo su dirección, para instruir y dirigir a cada uno de acuerdo con las necesidades de su carácter y de su manera de ser.

El dirigente nunca debe olvidar que se encuentra revestido de un encargo, que,

empero, nada signifique entre los hombres, es de gran importancia ante Dios. Así, si por descuido o falta de previsión, o por falta de amor y caridad, permitir deficiencias o maneras que puedan perjudicar moralmente a los otros, será altamente responsable. No debe olvidar que la dirección de sus hermanos constituye un depósito sagrado, que un día le rendirá grandes beneficios, si bien haberlo cumplido, mas lo cargará de grandes responsabilidades, sino proceder como debe. Por eso, todo director o presidente debe vivir siempre apercebido de sus deberes, manteniendo su pensamiento bien elevado, practicando la oración mental y teniendo siempre en mente las leyes divinas del Evangelio. Debe recordar la abnegación, el sacrificio y el amor del Señor y Maestro, para en todas las circunstancias tener presente la manera espírita de proceder. Así, los que lo siguen tendrán motivos de admirarlo, jamás de censurarlo. Porque, en su Centro, él debe ser la luz, el encargado por la Providencia para dirigir a los otros. Debe ser el guía espiritual visible del que los hermanos disponen para su dirección, instrucción y consuelo en la presente existencia. Debe ser, en fin, el que puede librarlos de las caídas, preocupaciones y tinieblas de la Tierra.

Con su dulzura, su amor y su palabra persuasiva, siempre mansa y tolerante, debe el dirigente corregir todo aquello que pueda ser causa de atracción para el espíritu de las tinieblas de manera que éste no encuentre medios de interferir en las enseñanzas y exhortaciones que se reciben en el Centro. Debe evitar que se converse en el recinto sobre ligerezas y mucho menos sobre cuestiones que puedan redundar en críticas o murmuraciones a respecto de personas ausentes. No debe de olvidar que la caridad y el amor al prójimo nos obligan solamente a tratar de los ausentes para bendecirlos y, cuando las circunstancias nos obligan a lo contrario, debemos tratarlos como a personas a las que mucho amamos y que se desviaron. Es obligación del dirigente hacer que los frequentadores de la sesión estén conscientes del acto que van a realizar, a fin de evitar que las malas influencias impidan la recepción de las instrucciones del Espíritu de la Verdad.

Por su parte, los hermanos que frecuentan y constituyen el Centro deben respetar y obedecer a aquel que Dios les dio para guía y consuelo, pues es una gran cosa encontrar en la Tierra quien nos encamine para el Padre, advirtiéndonos de los escollos de la vida y evitándonos las caídas, que tan caras nos salen en el futuro. Esa obediencia y ese respeto, entretanto, no deben de ser de naturaleza fanática y ciega, pero sí el resultado natural de la conducta y de las acciones practicadas por aquel que se esfuerza para servirles de ejemplo. El hombre no debe, de manera alguna, abdicar de la razón y del derecho del libre examen, pero debe ser respetuoso para con aquel que trabaja a favor de su perfeccionamiento, y suficientemente tolerante para comprender que nadie es infalible. Así, al notar deficiencias o descuidos de parte del dirigente, nunca debe entregarse a la murmuración y a la crítica, mas ha de recurrir a la prudencia, para saber lo que le conviene revelar y lo que precisa ser corregido. Si fuese necesario recurrir a la exhortación o a la advertencia, es mejor antes de hacerlo, consultar los hermanos de mayor criterio, prudencia y caridad. Caso la exhortación del dirigente a corregirse sea necesaria, conviene buscar la ocasión oportuna y la manera propia de hacerla, con tacto y prudencia, no olvidándose los servicios y esfuerzos realizados por el dirigente en sus trabajos.

En el Centro en que así se proceda, estamos seguros de que el Espíritu de la Verdad se manifestará en las sesiones, y los hermanos participantes progresarán, preparándose para un buen futuro.

Algunas veces escuchamos de hermanos: «¡Qué suerte la mía, por haber conocido el Espiritismo!» Respondemos: «Es realmente una gran ventaja, para bien emplear el tiempo en nuestra actual existencia, mas ese conocimiento nos trae también grandes deberes que cumplir. Nosotros, los espíritas, no podemos vivir como el común de los mortales. Tenemos que combatir nuestros defectos, adquirir virtudes, vivir vigilantes.

Tenemos que ser la luz y el ejemplo, para que los hombres admiren al Padre y se conviertan, entrando en la vía de purificación».

La luz, la paz, el consuelo y la confianza en el futuro, que el Espiritismo nos da, son el quiñón agradable y confortable que él nos proporciona. Pero la corrección que hemos de hacer en nosotros mismos (pues nadie es perfecto), el combate a los defectos, el abandono de las futilidades y el perfeccionamiento de las virtudes y de la humildad, nos obligan a una auto-observación y a un trabajo constante. Porque, si nos extasiamos con las ventajas que el Espiritismo nos ofrece, olvidándoos de las obligaciones que él nos acarrea, que será de nosotros?

Prescribimos algunas reglas y maneras de proceder, para los presidentes y directores de Centros Espíritas. Entretanto, nos preguntamos a nosotros mismo: ¿Y tú, que durante tantos años tienes exhortado y enseñado, cumpliste esas reglas? ¿Fuiste tolerante, amoroso caritativo y humilde como deberías ser? ¿Fuiste siempre oportuno, discreto y abnegado, como aconsejas? Dudamos. No obstante, no nos cabe negar ni afirmar, en este caso. Los hermanos, que por tantos años nos tienen observado y seguido, son los que nos pueden juzgar. ¡Por nuestra parte, creemos que no nos faltaron deficiencias, conocemos nuestros defectos! Sabemos que casi nunca estuvimos a la altura del encargo. Mas pedimos perdón a los hermanos, pedimos que no nos sigan en nuestros errores, y más aún, que continúen a observarnos, y en aquello que nos vean fallar, sin caridad e incorrecto, sin el necesario sentido de humildad y de justicia, que nos exhorten a la corrección, que nos avisen. Pero que lo hagan también con caridad, no olvidando que los amamos y deseamos ser amados por ellos. Que nos hablen igual que la madre sabe hablar al hijo, que de nuestra parte haremos lo mismo. Y si acaso no atendemos enseguida a sus advertencias, cosa que puede suceder, por causa de nuestras imperfecciones, que no se cansen por eso. Harán así, una verdadera obra de caridad. ¿Podemos, acaso, juzgarnos a nosotros mismos? ¿Podemos creer que todo lo que hacemos es bueno? Pues para convencernos de eso precisamos de vuestro enjuiciamiento, de vuestra opinión. Pero suplicamos, hermanos: ser amables y benévulos con nosotros, como hemos sido con vosotros, que esa es la verdadera caridad.

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Habré cumplido fielmente mi misión? ¿Habré sido para mis hermanos aquello que debería ser? ¿Habré sido suficientemente grato a los beneficios que Vos, Padre mío, me habéis concedido? Cuando me acuerdo de los días de mi incredulidad, cuando recuerdo aquellas noches pasadas entre el sufrimiento y la soledad, perdida toda la esperanza, perdidos todos los seres queridos, y comparo los días esperanzosos, rodeado de verdades y consolaciones, que hoy me dan aquellos mismos que yo consideraba perdidos; cuando comparo los bienes inmensos y consoladores que encontré por medio del Espiritismo, mi amor se eleva hasta Vos, Padre mío, y comprendo que todos los sacrificios y trabajos realizados por mí, en favor de mis hermanos, son bien poca cosa comparados a los bienes que de Vos recibí.

Por eso, con toda mi alma os pido el perdón de mis deficiencias, de las faltas que, sin duda, habré cometido, de la falta de abnegación que ciertamente tuve, de mi poca humildad y de la falta de caridad hacia mis hermanos. Y os pido luz, mucha luz, para que, en el poco tiempo que todavía me resta en la Tierra, pueda reparar mis faltas y corregirme de mis deficiencias, de mis imperfecciones, a fin de que, en el cumplimiento de mi insignificante misión, pueda aún demostraros mi agradecimiento y mi amor. ¡Y en los días malos que tengan que venir, haced, Padre mío, mi Bien Supremo, Grandeza Infinita, que yo pueda recordar el gran ejemplo del Divino Maestro, del Señor de los Señores, del puro e inmaculado Jesús!

¡Ah, qué dichoso seré, si en los días de prueba, sepa recordarlo y amarlo! ¡Qué feliz seré si en los días de angustia puedo evocarlo, coronado de espinos, subiendo la cuesta del Calvario al peso de la Cruz! ¡Qué ventura tendré, Señor mío, si en los momentos de dolor sé hacer como Él, sufrir sin acusar a nadie, con serenidad y calma, siguiendo el ejemplo de la crucifixión!

¡Dadme, Señor, la plena conciencia de la importancia que tiene, para mi progreso, el saber sufrir bien! ¡Dadme, Señor mío, Amor Supremo de Mi Alma, la verdadera conciencia, el verdadero conocimiento de lo que significa el ejemplo que nos enviaste, para nuestro bien, para el alivio de nuestras aflicciones! ¡Dadme la verdadera comprensión de aquello que puedo alcanzar, si soy paciente, sumiso, abnegado, caritativo. No para conquistar méritos, mas para alcanzar la tranquilidad de mi espíritu, que ansía por aquello que no encuentra en la Tierra, aspira a lo que aquí no existe. Mi espíritu desea el amor de verdad, la fraternidad-verdad, la indulgencia-verdad, y comprendo que, para encontrar todo eso, no puedo procurar en la Tierra, más en otras moradas.

¡Es por todo eso, Señor de mi alma, que os pido luz, amor, paciencia, virtudes, para que, llegándome la hora de partir, yo pueda ir a morar entre los que saben amar y tolerar, perdonándose y siguiendo el camino que nos habéis trazado, camino que nos lleva a las Moradas de Felicidad!

Hermanos: todos vosotros que dirigís y que escucháis y aprendéis, los que tenéis la misión de exhortar y los que seguís las instrucciones del Espacio y de la Tierra, amaros mucho, toleraros recíprocamente, corregiros con indulgencia. Cifrar vuestras esperanzas en la vida futura. Sed abnegados y caritativos, moral y materialmente, hasta donde lo permitan vuestras fuerzas. Y no dudéis de que juntando a todo esto un gran respeto y admiración por el Padre, hasta donde pueda llegar vuestra admiración, el Espíritu de la Verdad sentará cátedra en vuestros Centros y os enseñará a seguir, prácticamente, a Aquel que Dios nos dio por modelo.

Sabéis, hermanos, según sus propias palabras, que Él es el camino, la verdad y la vida, y os enseñará a hacer de los Centros Espíritas un edén de felicidad.

Reinará entre vosotros la paz de los justos, pues sentiremos ya entre nosotros el prelude de la paz que ha de venir. Nuestra misión se cumplirá tranquila en la Tierra, y comunicaremos nuestra paz y nuestra esperanza a muchos. Seremos la luz del mundo, inspirados y educados por el Espíritu de la Verdad.⁸

8. Miguel Vives se refiere al Espíritu de la Verdad genéricamente, considerando todos los Buenos Espíritus como pertenecientes a esa Falange de entidades que luchan por la regeneración de la Tierra. Sabemos que el guía de Kardec le dio el nombre de Espíritu de la Verdad, y que más tarde, según podemos observar en «Obras Póstumas», los Espíritus que auxiliaban al Codificador revelaran estar bajo la dirección de aquel Espíritu. La posición de Vives es típicamente espírita: todas las buenas inspiraciones y comunicaciones nos llegan a través del Espíritu de la Verdad, que preside al movimiento espírita en la Tierra, y que no es apenas el Espíritu director de la Falange, mas la propia Falange. Cada espíritu verdadero, y por tanto elevado, es portador de un mensaje del Espíritu de la Verdad. (N. del T.)

IX ENFRENTANDO LAS TENTACIONES

Así como es muy difícil encontrar en la Tierra quien esté siempre en perfecto estado de salud física, más difícil es aún encontrar alguien con perfecta salud moral. Nadie es perfecto en este mundo. Así como la atmósfera y las condiciones materiales influyen directamente en nuestro organismo predisponiéndolo a ciertas enfermedades, los elementos espirituales que nos rodean influyen sobre nuestra condición moral. Se aprovechan de las cosas más insignificantes, para provocarnos sufrimientos y malestar interior, objetivando mortificarnos o detenernos en la vía del progreso.

Los elementos espirituales que nos cercan se infiltran constantemente en nuestro psiquismo, como los elementos atmosféricos lo hacen, en relación a nuestro cuerpo. Y crean a nuestro alrededor condiciones propicias al desarrollo de enfermedades, si no estamos aptos a rechazarlas. Así, pues, debemos estar prevenidos, para ahuyentar a ambas influencias. Mas así como, por mayores que sean nuestras precauciones, no podemos alejar del todo las influencias del frío y del calor, en sus bruscas variaciones, tampoco podemos evitar completamente las tentaciones. Lo que podemos hacer es no caer en sus redes. Aquí, pues, debe estar la base de nuestro método. En esto debemos poner toda nuestra atención, todo nuestro cuidado, aunque nos cuesten un gran sacrificio.

¿Qué hacemos con los elementos atmosféricos? En el invierno, nos abrigamos y en el verano aliviarnos las ropas y procuramos los lugares frescos. Mas si, con eso, no evitamos las molestias del tiempo, tenemos que conformarnos y no darles importancia. Sufrimos resignadamente y procuramos resistir cuanto posible, diciendo «Esto es el frío», o «Así es el calor», y concluimos: «Luego pasará», sin incomodarnos más. De la misma manera debemos hacer con las tentaciones. Porque constituyen un mal que alcanza a todos, no hay nadie que no las sufra. Casi diríamos: es una condición necesaria. Y casi nos atreveríamos a afirmar, indispensable a nuestro progreso.

Entiéndase, sin embargo, que la tentación no tiene siempre y para todos los individuos el mismo carácter y las mismas formas. De la misma manera que los grados de la virtud y de los defectos son múltiples, también son muchas las variedades de la tentación. No siempre el espíritu que nos tienta se limita a excitar deseos y pensamientos malos en nuestra mente. A veces penetra en nuestra consciencia y nos hace sentir deseos que nos parecen necesidades propias, que debemos satisfacer. Tanto pueden ser los de orden física, como la sensualidad y las extravagancias variadas, el descanso indebido, los vicios, y así por delante, como pueden ser los de orden moral, como deseos de venganza, de crítica maldosa, de pasiones exageradas o de repulsa para determinadas personas.

Hay criaturas de suficiente rectitud y de tan buenas intenciones, que el espíritu de las tinieblas encuentra mucha dificultad en penetrar en su íntimo. Muy a menudo, sin embargo, acontece que esas personas, a la primera contrariedad, sueltan palabras inconvenientes, en tono áspero, o se excitan por poca cosa, y empero nada de mal sintiesen en su íntimo, el espíritu de las tinieblas, que las venía acechando, se aprovecha de la oportunidad para hacerlas caer. Generalmente, la tentación acomoda sus raíces en nuestro entendimiento, y por eso la llamamos así, más no es solamente de esa manera que actúa el espíritu de las tinieblas, para hacemos caer.

A veces sucede que sentimos una tristeza y un malhumor sin motivo aparente, o por motivo tan insignificante, que nos sorprendemos con su efecto. Este estado es más bien un inicio de posesión que una tentación. El espíritu que la causa puede no solamente robarnos la tranquilidad, más también comprometernos y alterarnos la salud. Otras veces, la forma de tentación o de la posesión es otra. Nos lleva a gustar demasiado de alguna persona, sin sabernos porque, a fin de hacernos cometer injusticias. Esto puede acontecer en el seno de la familia o con personas extrañas. Esa forma de acción, como la anterior, puede hacernos sufrir mucho, y necesitamos de mucha fuerza de voluntad para vencerla.

Es entonces que debemos recordar las palabras del Maestro: «Orad y vigilad». Es cuando debemos mantener el pensamiento bien elevado y obrar con mucha justicia, evitando apartarnos en nada de nuestros deberes. Y, si asimismo no podemos apartar la posesión, ni por eso debemos desanimar, mas pedir y sustentar el pensamiento elevado, oponiendo una paciencia y una resignación a toda prueba a las malas influencias, pues de esa manera conseguiremos adelantarnos mucho. Estas penas ocultas, que a veces por nada en el mundo comunicaríamos a quien quiera que fuese, tiene gran mérito ante Dios y fortalecen mucho el espíritu encarnado.

Nunca debemos olvidar que, en la Tierra, no tendremos jamás la paz completa, y que, si alguna vez llegamos a sentirla, será de poca duración. Así pues, cuando seamos atormentados por estados como éstos, deberemos ser fuertes, resistir y oponerles serenidad, paciencia y calma sin límites. Por otro lado, no debemos olvidarnos de que, a pesar del sufrimiento que ellos nos causan, desaparecen en un momento y nos dejan tranquilos; como si nada hubiésemos sufrido.

Estas variaciones ocurren por causa de la lucha entre los espíritus que nos aman y los que nos aborrecen. Nunca debemos, pues, desconfiar de la ausencia de los seres espirituales que nos aman. Por el contrario, debemos confiar mucho en ellos y pedirles, suplicarles la protección, cuando nos veamos apurados, que mucho podrán hacer por nosotros, si nos ponemos en condiciones de recibir sus influencias beneficiosas.

La tentación por pensamiento no nos causa tanto sufrimiento como la posesión. Para combatir ésta, debemos extirpar nuestras pasiones, nuestros vicios y deseos ilícitos. Todos conocen esta perturbación, menos los que están dominados por la incredulidad. Ella comienza así: el espíritu de las tinieblas hace que nuestros pensamientos y deseos ilícitos provoquen sensaciones y excitaciones, cuando se presenta una ocasión favorable. Tenemos entonces que cerrar las puertas del pensamiento a toda idea que represente una infracción de la ley divina. Y si, a pesar de la resistencia, continuamos excitados, debemos colocarnos en el lugar de la víctima y reflexionar si gustaríamos que nos robasen aquello que nos es más sagrado y más querido, procurando comprender lo que es justo.

Parece por demás tratar de estos asuntos con los espíritas; sin embargo, no lo es. Cuando entramos en el Espiritismo, no somos perfectos. Muy por el contrario, tenemos a veces grandes defectos que combatir. Y mucho más cuando el espíritu de las tinieblas, que nos dominaba en el tiempo en que nos entregábamos apenas a las cosas del mundo no quiere separarse de nosotros, agarrándose a lo que parecía de su dominio.

A veces acontece, y es un fenómeno corriente a los que entran en el Espiritismo, que al conocerlo las personas sienten vivos deseos de transformarse tomando decisiones nuevas y alejándose de los deseos ilícitos. La resolución de seguir una vida nueva luego se concretiza. Durante algún tiempo, esas criaturas se limpian de todo. Más tarde sin embargo, las primeras impresiones se extinguen, poco a poco, y las personas comienzan a volver a ser lo que eran. Entonces, el espíritu que las dominaba retorna a la antigua morada, y ellas caen de nuevo. Si el espírita, en ese caso, no se apoya en la oración, en el amor, en la caridad, con un fuerte deseo de libertarse, las cosas se vuelven para él

mucho peores de lo que eran antes⁹.

Por eso hemos visto la caída de muchos que comenzaron y no pudieran continuar. Si estaban mal antes de la tentativa, peor quedaron después. Es particularmente a las personas muy aferradas al dinero, a los intereses materiales, que esto les ocurre. Esa pasión es muy difícil de ser arrancada, la que más cuesta corregir. De esa manera, es muy raro, por no decir imposible, que un egoísta, apegado al dinero, consiga entrar y mantenerse en el Espiritismo.

Se aplica aquí la trascendente frase de Allan Kardec: «Fuera de la caridad no hay salvación». El espíritu aferrado a los intereses materiales, mientras dura ese estado, casi podemos decir que es incapaz de comprender y aceptar el Espiritismo: es ahí la barrera que retiene a la Humanidad.

El apego al dinero es señal evidente de falta de caridad y amor al prójimo. Quien tiene ese apego no se encuentra en vías de realizar grandes progresos. El hombre debe procurar atender a sus necesidades, de manera justa y honrosa. Cuando ellas ya están satisfechas, no debe excederse en ambiciones y deseos insaciables. Si es espírita, todo cuanto pueda adquirir, aparte de lo que necesita, debe hacerlo apenas por medios estrictamente lícitos, y de lo que sumar debe distribuir gran parte a los necesitados. Solamente así le será permitido poseer más de lo que necesita, sin caer en responsabilidad. Por el contrario, si no dan a los pobres participación en sus ganancias, por más que éstas parezcan lícitas ante el mundo, serán una usurpación ante Dios. El que así procede, siendo espírita, además de no progresar, retrocede: «Fuera de la caridad no hay salvación». Y que no abuse de los intereses, para los que necesitan de dinero.

El espírita debe recordarse de que la felicidad suya no está en la Tierra, sino en el Espacio. Así pues, debe hacer todo lo posible para enriquecer su espíritu con virtudes y buenas obras. Por tanto, no debe olvidar que uno de sus mayores enemigos es el amor al dinero, o sea, el egoísmo, que es el peor y el más fatal enemigo del hombre. Ya tratamos de la manera de combatir esa pasión y la tentación que la acompaña: es hacer a los necesitados participantes de nuestra economía. Eso hará que las iniciativas nuestras y nuestros trabajos redunden en beneficio de los que sufren. Aquel que procede de esta manera tendrá la satisfacción de poseer algo para su bienestar terreno y para su progreso espiritual, pues sus esfuerzos redundan en la práctica del bien.

Así, al realizar un buen negocio o realizar un trabajo bien pagado, deberá inmediatamente destinar una cuantía proporcional a lo ganado para remediar los males y las necesidades de los que sufren. Y esto sin dar atención a pensamientos egoístas, a las conveniencias personales, realizando enseguida la buena determinación, pues de lo contrario el espíritu de las tinieblas acude, desbarata los buenos propósitos e inutiliza todo.

Cuando a la tentación posesiva, que es aquélla en que el espíritu de las tinieblas penetra en la propia conciencia de la criatura, hay una manera de conocerla y combatirla: basta oponerle un estado de conciencia basado en el deseo de la recta justicia. Por ejemplo: ¿Sentimos repugnancia por una o varias personas? ¿Opondremos a esto un espíritu de caridad a toda prueba? ¿Sentimos un amor excesivo por alguien? ¿Debemos equilibrarlo por el sentido de una justicia recta. Por ejemplo: ¿Es justo que se dé esa preferencia a alguien? Si no es justo, podemos estar seguros de que el sentimiento excesivo es sustentado por algún enemigo del espacio, mayormente si él puede acarrear una pasión o perturbar la armonía en el seno de la familia, o en el círculo de nuestras relaciones.

9. En Mateo, XII:43-45, Jesús enseña que el espíritu inmundo, apartado del hombre, vuelve más tarde, y encontrando la casa limpia y adornada, pasa a habitarla de nuevo, en la compañía de siete espíritus más, peores que él. Y añade: «Y son los últimos actos de esos hombres peores que los primeros». (N. del T.)

Ya dejamos sentado que la tentación se manifiesta por muchas maneras. Pero, si nos escudamos en un verdadero sentido de justicia, percibiremos enseguida su presencia y podremos combatirla. En el caso de no poder apartarla tan sólo por nuestra voluntad, tendremos que recurrir a la oración, evocando con ardor y fe a nuestro guía espiritual y a las influencias de espíritus elevados, que atenderán con placer a nuestro apelo, ya que desean siempre nuestro progreso y elevación. Por más aflictiva, por tanto, que sea nuestra situación, nunca debemos dudar del auxilio del Alto, tanto más cuando lo solicitamos.

A estos casos es que se aplican las palabras del Señor: «Pedid, y os será dado; Llamad y se os abrirá; Vigilad y orad». Al mismo tiempo, mientras se sufre, es preciso alimentar una paciencia a toda prueba, con serena resignación, que es la manera más eficaz de desanimar al espíritu tentador. Así, si a nuestros estados de alma y a las tentaciones sabemos oponer siempre un sentido de recta justicia y una paciencia y resignación a toda prueba, ofreceremos una barrera al espíritu de las tinieblas, que nunca podrá inducirnos al error, ni causamos cualquier especie de trastorno o retroceso. Por el contrario, todos los males que el espíritu de las tinieblas quiera causarnos, darán un resultado contrario a lo que él desea.

Si, cuando sufrimos la tentación, con el sentido de la justicia recta, con paciencia y resignación, al mismo tiempo progresamos y damos pruebas al Padre de que sabemos sufrir en el cumplimiento de la ley, y esperar confiados y resignados. Es ésta la manera suprema de obrar, para los espíritus que viven, ya vivieran y vivirán en la Tierra. Con esa manera, no evitaremos todos los males y sufrimientos que los espíritus atrasados pueden causarnos, más triunfaremos de todas sus acometidas, y los aborrecimientos que les causaremos servirán para hacerlos progresar.

Si hacemos así, podremos repetir las palabras de un gran escritor antiguo: «Cuando resistimos a la tentación, ella es la hormiga del león; pero cuando nos entregamos, ella es el león de la hormiga; seamos siempre el león y la tentación, la hormiga, que nada tendremos que temer». De esa manera, seremos dueños de nosotros mismos, pensando, sintiendo y queriendo únicamente lo que el deber nos impone. Y así nos ahorraremos muchas angustias en la vida y nos prepararemos para entrar más tarde en el Reino de Dios.

No obstante, nunca debemos olvidar, mientras estemos en la Tierra, que seremos contrariados en todo. La Humanidad aún está muy atrasada, y pocas personas saben cumplir con todos sus deberes. Como tenemos que vivir en relación con muchas personas, tanto en la familia como en el círculo de nuestras amistades, nunca nos faltarán contrariedades. Por eso, en cuanto estemos en la Tierra, debemos vivir alertas, escudándonos en el amor, en la admiración y en la adoración al Padre, sin límites, y poniendo toda nuestra esperanza en la grandeza de su Obra. Es ella la casa donde tendremos que vivir eternamente. Es necesario, pues, seguir la ley divina, enseñada por nuestro Maestro y Señor. Es necesario ponerla en práctica, teniendo gran fe y amor por la palabra del Señor.

Y si algún día las angustias de la vida nos persiguen, no olvidemos sus palabras: «Bienaventurados los que sufren, pues de ellos será el Reino de los Cielos», Hagamos que la confianza en su promesa nos dé valor y fuerza para todo, soportar, recordando que la existencia terrestre no es más que un soplo, un período cortísimo de nuestra existencia universal, y que, por los días y las noches que sufrimos en la Tierra, si sabemos conformarnos y seguir el ejemplo de los mártires y de los justos, tendremos mil años de reposo y felicidad.

¡Animaros, mis hermanos! Vosotros que sufrís, dejad que el cuerpo se deshaga en pedazos o sucumba a los golpes del dolor, manteniendo el espíritu fortalecido en la práctica de la sumisión y del valor moral. Permaneced fieles a Dios, el Señor Supremo, en el cumplimiento de su ley. No olvidéis que la recompensa superará todos vuestros

anhelos y todas vuestras esperanzas.

Aconsejamos, por fin, al hermano que esté angustiado por la tentación que procure un hermano digno de confianza, abriéndole su corazón y pidiéndole su ayuda. Consideremos, sin embargo, que las personas consultadas en esas ocasiones, que bien pueden ser los presidentes de reuniones o de Centros, deben ser prudentes, misericordiosas, caritativas, dulces en el hablar y en el obrar, capaces de toda la abnegación, amando a Dios y sumisas al Señor y sus leyes. Deben considerar, al ser consultadas por esas almas enfermas, que ejercen la función de guías espirituales, y que pueden hacer mucho bien al consultante, si saben responder con seguridad mansedumbre y caridad.

Es necesario que haya entre los espíritas personas experientes en la práctica de la virtud, de la caridad del amor al prójimo, de la adoración al Padre y de la veneración al Señor, porque sólo así esos hermanos tendrán luz suficiente para atender a los casos de necesidad, ayudar a los demás y darles la mano en el intrincado laberinto de la vida. ¡Bienaventurado el que se esfuerza para llegar a ese estado! Pues no conocerá las tinieblas y merecerá la confianza de los que viven en el Alto y de los que viven en la Tierra. Es así que, después de esta morada terrenal, llegaremos a entrar en el Reino de Dios.

X EL TESORO DE LOS ESPÍRITA

¡Sí, un tesoro! Y tan difícil de evaluar en su justo valor, que la imaginación más amplia y la inteligencia más lúcida sólo podrán apreciarlo en la superficie. Los reyes de la Tierra dan a sus hijos el nombre de príncipes, y los príncipes dan a sus hijos los títulos de duques, condes y otros. Y lo hacen por causa de las grandes riquezas y títulos nobiliarios que poseen. Pero todos los reyes y príncipes, duques y condes juntos, no poseen las riquezas y los títulos de nuestro Padre, que es Dios.

Si juntásemos las riquezas de toda la aristocracia del mundo, nada serían comparándolas con las de nuestro Padre. Y todas ellas fueron creadas para nosotros, sus hijos, que las recibiremos en propiedad y las disfrutaremos eternamente. Los reyes visten a sus príncipes con oro y piedras preciosas, pero nuestro Padre nos vestirá de luz inmortal. Los reyes dan a sus príncipes carruajes fastuosos, para que viajen a través de sus reinos. Y el Padre nos dará alas y medios etéreos, para que viajemos con la rapidez del pensamiento, sin encontrar obstáculos. Los reyes quieren dar a sus príncipes todas las formas de felicidad, mas no pueden evitar las enfermedades y las incomodidades, que irremisiblemente acompañan a la materia. Nuestro Padre nos dará una condición en la que no habrá enfermedades ni incómodos. Los reyes no pueden evitar el cansancio, el sueño, el frío, ni el calor para sus hijos. Nuestro Padre nos dará una vida en que no tendremos que dormir, ni nos cansaremos, ni sentiremos jamás frío o calor.

¡Ah, mis hermanos, cómo es grande lo que nos aguarda! Eso, sin embargo, por el cumplimiento de las leyes divinas, y no por capricho. Por acto de justicia y por necesidad, pues sin la ley, no existiría orden, sin orden no habría armonía, y sin orden y armonía no habría felicidad. Así pues, para que todos seamos felices, tenemos que ajustarnos a la ley, al orden y a la armonía. De esa manera, para donde vayamos, llevaremos orden y armonía, y los que vivan con nosotros llevarán armonía y orden, y todos juntos cumpliremos la ley y todos seremos felices.

Sin embargo, para hacer todo eso, tenemos que cumplir la ley, que implica el respeto al que es grande, sublime y justo; implica virtud, caridad, amor, justicia, abnegación. Y como esa ley divina es universal y está demostrada y explicada por el Espiritismo, nos atrevemos a decir: Nosotros, los espíritas, tenemos un tesoro en nuestras manos. Es preciso acentuar esto, porque ni todos están en condiciones de comprender el Espiritismo y menos aún de practicarlo. No podremos comprender la verdad, mientras no nos despojemos de muchos errores, mientras nuestro amor y nuestra bondad no tengan alcanzado un cierto grado.

Nosotros, los espíritas, que todavía no podemos llamarnos de buenos, estamos en el nivel común de las criaturas. ¿Así, ya podemos calcular el número de existencias que hemos tenido que vivir, para llegar a ese nivel? ¡No, mil veces no! Primero, nos dominó el instinto; después las pasiones; luego los vicios, y a través de grandes luchas llegamos a merecer que nos contasen en el gran apostolado de esta época, que se llama Espiritismo. Hemos, sin embargo, de considerar que del instinto, de las pasiones y de los vicios nos quedarán residuos, y aquí está nuestro tesoro, y no podremos poseerlo mientras no sepamos arrancar por la raíz esos residuos, para hacernos finalmente dignos de él.

Así pues, nosotros, los espíritas, llegamos a entrar en el camino que conduce a la realización de todos los progresos, que lleva al espíritu a heredar toda la felicidad. Ese camino es el Espiritismo, que nos saca de todas las dudas, libertad de todos los errores,

nos ilumina la inteligencia, nos fortalece el espíritu en la lucha contra todas las preocupaciones. De manera que, si el espírita no es indolente, puede realizar todo cuanto desea para su bien. Y por eso os digo que nosotros, los espíritas, tenemos un tesoro en nuestras manos.

La extinción completa de los residuos que nos quedaran de los instintos, de las pasiones y de los vicios es un trabajo de gigante. Y por eso entiendo, que todo espírita debe estudiarse a sí mismo, para llegar a conocerse, cosa que a veces es un poco difícil, mayormente si el instinto del orgullo y de la vanidad predomina en nosotros. Mas pidiendo y estudiando, conseguiremos llegar al conocimiento de nosotros mismos.

El espírita debe observar si fácilmente se ofende por cualquier contrariedad o palabra que le mortifique. Si eso acontece, es que el amor-propio desmedido, sinónimo de vanidad, está enraizado en su espíritu. Debe entonces dirigir toda su atención en poner en claro esa tendencia o instinto que viene del pasado. Seguidamente, debe someterse a las humillaciones, evitando que éstas lo afecten, prosiguiendo en el ejercicio, hasta aprender a sufrir desprecios y desengaños sin perder la serenidad.

Porque muchos de los desprecios, desengaños, juicios injustos que nos alcanzan, hieren más a nuestro amor-propio y nos causan menos daño del que suponemos. Cuando es así, no debemos dudar de que, si nuestro amor-propio fuese menor, soportaríamos todo aquello sin un gran resentimiento. No diremos que no existan desengaños que nos hieran a los más humildes, pero sí que debemos soportarlos con resignación, pagando siempre el mal con el bien. La seguridad que el Espiritismo nos da, de que esa especie de sufrimiento acarrea gran progreso para nuestro espíritu, cuando lo sabemos soportar, nos dará la fuerza necesaria.

Si el espírita siente que posee alguna pasión o vicio que puede llevarlo a la caída, habrá de ser valiente y, aunque le cueste la vida, tendrá que cortarlos por la raíz. Porque más vale sufrir mucho, para aniquilar un vicio y adquirir una virtud, de que no sufrir nada dando redes a la pasión. Aquí está el trabajo de gigante del espírita, porque, cuando quiere enfrentar el pasado, el espíritu del mal, que va a perder todo el dominio sobre él, se resiste y hace todo para no dejar escapar la presa. Para eso, se vale de todos los medios, hasta mismo de los sueños, para prepararle una nueva emboscada. Pero el espírita que quiere libertarse debe resistir, diciendo en su íntimo:

¡Todo sea por Dios y por la práctica de su Ley! Vale más sufrir, que sucumbir. Antes la muerte de mi cuerpo, que la perturbación y el atraso de mi espíritu.

Con esas determinaciones, el espíritu tentador es rechazado, pierde su influencia y el espírita recobra su libertad y triunfa.

En relación a los pequeños defectos y dificultades de la vida, que todos tenemos que enfrentar, mucho vale el ejercicio constante de la virtud, de la abnegación y de la caridad. El espírita no debe ser impertinente, ni tener mal genio, ni ser precipitado, ni murmurar, pero sí, ha de ser paciente, debe saber perdonar las faltas ajenas, ser amable cuanto sea posible, servicial y debe procurar el bien de sus subordinados, ya sea en la familia o en el ámbito de su posición social. Debe pues, crear una aureola de buena influencia y de confianza y respeto; consolar a los que sufren, hasta donde sus fuerzas lo permitan. Así conseguirá revelar ese gran tesoro que tenemos en las manos, dándole realidad.

Para conseguir esa vida ascendente de perfección, no podemos olvidar que necesitamos de la protección de los Grandes Espíritus, y que no debemos dudar de ellos, siempre que nos coloquemos en condiciones de recibir sus influencias. Por que, a medida que avanzamos en ese camino, llamamos de manera poderosa la atención de los Buenos Espíritus, que nos aman y se interesan por nosotros, por nuestro progreso y

felicidad. Por tanto, podemos contar con su influencia, con su amor. Y si nuestros propósitos fuesen realmente elevados, y los pusiésemos en práctica, entonces ellos se adueñarán de nosotros de tal manera, que nos harán objeto de sus deseos y de su voluntad, beneficiando a la Humanidad, por nuestro intermedio.

No dudéis, hermanos, de que a nosotros, espíritas, sólo nos faltan la voluntad y los buenos deseos, para que realicemos maravillas y prodigios. Encontraréis en el Espiritismo criaturas que, antes de ser espíritas, nadie las conocía, y hoy tienen un nombre universal. Y aunque la Humanidad actual no haga caso de sus escritos y libros, llegará el día en que la Humanidad, ya menos incrédula y más adelantada, buscará esos trabajos y los pondrá en práctica. Y es que esas criaturas constituyen la vanguardia del progreso, porque, en virtud de sus trabajos y anhelos elevados, están inspiradas por el Espíritu de la Verdad, que las induce a la moral y a la ciencia del futuro.

Hermanos, mucho podréis hacer, revestidos de buena voluntad. No debéis olvidar que los que fueron contados para este apostolado del Espiritismo son distinguidos por el Alto. Los jóvenes, que en la edad de la inquietud, de las caídas, de las distracciones, se dedican a la propagación y a la práctica del Espiritismo, si perseverasen en ello, llegarán mucho más rápido. Vosotros sois una esperanza para los viejos espíritas, y elementos de un gran valor para los espíritus que trabajan en favor de la Humanidad. Seréis los maestros espíritas del futuro. Sed constantes en la tarea iniciada, sed fuertes, practicad las enseñanzas espíritas, sed buenos discípulos obedientes y respetuosos, que más tarde seréis buenos maestros.

Es verdad que en el Espiritismo, humanamente hablando, no existen categorías. Más, espiritualmente, sí: ellas son muy conocidas en el Mundo de los Espíritus, e infeliz de aquellos que no sepan respetarlas, pues poco se adelantarán en la existencia terrena, y por más que intenten levantarse, nunca lo lograrán. Harán como los negociantes de géneros, que sin conocerles las clasificaciones, no pueden hacer negocios, pues toman las últimas por las primeras. Así pues, si queréis ser buenos maestros en el futuro, sed ahora buenos discípulos, hasta que la Providencia os llame a desempeñar una más alta misión.

Las personas entendidas y virtuosas hacen mucha falta en nuestro medio, para proyectar una luz tan radiante como es la del Espiritismo. Esas personas son muy procuradas y asistidas por los Buenos Espíritus. Así, siendo, cuando llegue vuestra hora de ascender seréis llamados de manera poderosa. Vosotros, sin embargo, podréis preguntarnos: ¿Y cómo conocer esa hora? Cuando la Providencia quiere que alguna cosa se realice, nada ni nadie lo puede evitar. Cuando uno de vosotros sea llamado, todo se hará de tal manera, que vosotros mismos no podréis evitarlo, a menos que queráis huir a todos los deberes, precipitándose en un abismo.

Por mi parte, quiero deciros, que empero poco tenga sido en el Espiritismo, cuando la Providencia quiso llamarme para el insignificante puesto que ocupó hace treinta y dos años, primeramente me quitó la salud y la alegría.

Y cuando yo ya me consideraba verdaderamente perdido y desgraciado, entonces me presentaron el Espiritismo, y no pude esquivarme de verlo y practicarlo. Porque era, entonces, mi única salvación.

Y cuando me instruí lo suficiente para dirigir y orientar en aquellos tiempos la propaganda del Espiritismo en Tarrasa, repentinamente falleció Joaquín Rovira Pradera, antiguo e ilustrado espírita. Entonces, no pude evitar que la Presidencia del Centro Fraternidad Humana viniese a parar a mis manos, y nunca ejercí por derecho, mas apenas de hecho.

Digo esto porque, siempre que fue necesario presentarme como tal, pedí

a alguno de mis hermanos, por cierto muy dignos, para que se presentase en mi lugar. Cuanto a la propaganda, siempre ocupé el puesto que me correspondía.

Así, cuando veáis señales y acontecimientos extraordinarios, que no podéis evitar, aunque ellos os contraríen y perjudiquen, y tengáis delante de vosotros la llamada del Espiritismo para que entréis a su servicio, aceptarlo con gusto. No miréis para atrás, ni para aquello que os perjudica, porque a veces, al comenzar el desempeño de tan útil misión, se hace presente la cruz, pues ha de cargarla quien tenga la misión de enseñar y conducir a sus hermanos. Porque ya sabemos cual es la condición humana: sacrificar a los que nos benefician, y empero los espíritas se tengan adelantado un poco sobre el común de las criaturas, sabemos que todavía guardamos resquicios del pasado y tenemos que luchar.

Cuando, jóvenes de hoy, seáis llamados a desempeñar cargos de pequeños mentores, recordaros, que llegó la hora de la abnegación, del sacrificio y de la humildad, y que debéis poseer esas virtudes en grado máximo. Nada de ofenderos por lo que os hagan de malo. Vuestra paciencia ha de ser a toda prueba, y la única práctica posible es la de pagar el mal con el bien. ¿Qué importan todos los sacrificios hechos, aunque os los paguen mal y os calumnien, diciendo de vosotros todo lo malo posible?

Hay un gran Maestro que es el guía de todos los que enseñan y practican sus leyes. A ese ejemplo deberéis dirigir toda vuestra voluntad. Y, si lo seguís, Él se encargará de defenderos, y aquellas angustias de los que todavía no aprendieran la gratitud y que os harán sufrir, os llevarán a la felicidad futura. No os aflijáis nunca por las angustias que os puedan causar: bendecirlas.

Yo bendigo la lengua que me quiso herir, durante el ejercicio de mi cargo. Yo bendigo todas las pruebas que, en el transcurso de tantos años, me hicieron pasar. Benditas sean, mil veces, pues si algunas sufrí sin motivo, no perderé la recompensa. Esos sufrimientos son recompensados grandemente en el Reino de Dios. Todo el tiempo que se pasa en la Tierra, y que no sirve para el adelantamiento de nuestro espíritu, es tiempo perdido.

¡Animaros, pues, Juventud Espírita! Aprender bastante en el camino de la virtud y de los conocimientos y prácticas espíritas, ya que necesitamos de muchos maestros para el futuro. Aprended de vuestros maestros de ahora, y así, ese tesoro que tenéis en las manos, y que se llama Espiritismo, os revestirá de esplendores eternos en el Reino de Dios.

Por fin, yo, el más insignificante, el menos apto y el menos autorizado, me atrevo a daros un consejo:

Todo cuanto tenéis, sois y poseéis, se lo debéis a Dios, el Padre infalible y universal, autor de toda la Creación. Portaros, pues, como buenos hijos. Recordaros que, cuando erais pequeños, Él os dio el encanto de la selva virgen; cuando ya un poco más iniciados en los conocimientos humanos, os puso en sociedad, para que desarrollaseis las afecciones de vuestra alma, en ella encontrando amigos, esposa e hijos; y hoy, que ya estáis aptos a conocer un principio de verdad, os llamó para este apostolado del Espiritismo. Amarlo, pues, amarlo más que a vosotros mismos, más que a vuestras esposas y a vuestros hijos; adorarlo en la Creación, ya que tantas grandezas creó, para que sean, cuando las alcancéis, vuestra paz y vuestra eterna felicidad.

El Padre está en toda parte, sabe lo que pensáis, os ve y os ama. Sed constantes admiradores de Él y adorarle muchas veces al día, ya que Él os oye y sabe lo que pedís y lo que deseáis. Así como tanto os dio cuando nada le pedisteis, y no teníais fe ni

esperanza en Él, hoy, que lo amáis y le pedís, os dará todo cuanto sea justo y conveniente.

Acordaros que el mayor de los hermanos, que es el Maestro Sublime, el Señor de los Señores, antes que vosotros le conociésteis, antes que le diésteis atención cuando estábamos todos perdidos en veleidades y caprichos, dejó la Morada de la Luz, alejóse de la felicidad y descendió para sufrir la brutalidad humana. En tanto estábamos entregados al libertinaje, Él sufrió cruentos martirios, sin pronunciar una queja, sin decir una palabra, dándonos ejemplo de caridad, de indulgencia, de perdón, de amor y de sacrificio. Nada de eso llamó nuestra atención en aquella época. Hoy, sin embargo, es el ejemplo en que mantenemos fijos nuestros ojos y nuestra atención, porque es el único camino que nos conducirá a la conquista de nuestra felicidad.

Cuando seáis pequeños maestros, tomad por Maestro al Señor. Seguirlo y amarlo mucho, porque sin abnegación y sacrificio no podréis entrar en el Reino de Dios. Y, cuando lleguen las horas de las grandes pruebas, si lo tomáis por Maestro, no quedaréis huérfanos de su protección.

Él vino bien antes, para preparar a los que debían pasar por el sacrificio. Vino antes, para que, al llegar la hora del Calvario para cada uno de nosotros, pudiésemos verlo a nuestra frente con su cruz, su corona de espinas, sus carnes flageladas. Y después permaneció, para guiarnos en el camino. No lo dudéis, jóvenes espíritas, el Señor para por encima del apostolado espírita y se sirve de todos los que aman y practican la ley con justicia.

¿Ah, Señor, cuándo los hombres os conocerán? ¿Cuándo se acordarán que Aquel que dio la propia vida por enseñarles el camino no puede abandonarlos? ¿Cuándo comprenderán que vuestra humildad y vuestro amor son superiores a vuestra grandeza? ¿Cuándo comprenderán que, a medida que avanzan, los espíritus más se aproximan de Vos, y que cada espíritu que alcanza la felicidad eterna es un premio para Vos, que nos enseñaste el camino?

¡Gracias os doy, Señor mío, porque me distes a comprender cuánto nos amáis! ¡Gracias, Maestro, que, compadecido de mi pequeñez, me distes aliento! Mi vida os pertenece, pues nunca podré pagaros toda la solicitud, tanto amor y el bien que me hicisteis. Vuestra humildad no tiene límites, y aquel que os ama y se esfuerza por practicar vuestra ley jamás lo dejáis desalentar. Tanto entráis en la cabaña del campesino como en el palacio del potentado. No hacéis la acepción de personas, más apenas de virtudes.

Allí, Señor, donde el amor, la virtud y la caridad tienen su morada, allí está vuestra morada, allí atendéis, dando coraje, esperanza y paz de espíritu.

¡Confiemos en Él, Juventud Espírita, y no desmayemos en el camino! Adoremos al Padre por su grandeza, y amemos al Señor por su gran amor.

XI CONCLUSIÓN

No sé si fui fiel intérprete de la voluntad de los Buenos Espíritus. Si lo fui, este pequeño trabajo, que sin duda es obra de los espíritus, puede ser aprovechado. No tomando en consideración mi insuficiencia, que es notoria, ellos me inspirarán, para dar algunos consejos a mis hermanos espíritas.

Si yo no pude ser fiel, si procedí como un mal intérprete de los hermanos que viven en la vida libre del espacio, este será un trabajo inútil. No obstante, suplico: si en este trabajo existe algo de bueno, que sea aprovechado, por ser obra de los seres de allende-túmulo, a los cuales debemos de ser agradecidos. Ellos no tienen culpa si yo fui un mal intérprete y, además de ello, ignorante.

Ahora, sólo me resta dar gracias a Dios por todo: por su Grandeza y por su Amor:

¡Oh, Padre mío, mi Amor, mi Señor! Yo os amo y pido vuestra protección, para poder cumplir vuestra ley. Iluminad mi razón, fortificadme el ánimo, dadme un amor tan intenso por Vos, que yo no pueda olvidaros ni de día ni de noche. Que tanto en la oscuridad, como en la calma, en las horas de paz, yo pueda llevar conmigo vuestro amor, en lo más íntimo de mi alma, para que vuestra influencia, siendo en mí tan intensa, no permita que las influencias del mundo o extramundanas puedan perturbar mi espíritu.

Vos, Señor mío, Maestro mío, Amor mío, dadme tanto respeto y veneración por Vos, como los quiero sentir, para que en todos los actos de mi vida reinen en mí la ley vuestra, vuestro amor y vuestra influencia. Que el recuerdo de vuestra grandeza y de vuestra abnegación nunca se aparte de mí.

Y a mi **Guía Espiritual**, mi agradecimiento más fervoroso, por las numerosas veces en que me inspiró por la indulgencia que tuvo conmigo, ya que no siempre seguí sus consejos y sus indicaciones. Hace muchos años que me arrepentí de eso e hice la solemne promesa de no apartarme, por mínimo que sea, de sus mandamientos y de su voluntad. Preferiría dejar de ser, y que se acabase mi existencia.

XII VIDENCIA

Estando el médium en oración, se le apareció Teresa de Ávila, muy hermosa, que le dijo así:

Según las virtudes que practiquéis en la vida terrena, es que viviréis en un estado más feliz o más desgraciado en el Espacio. Aquel que, en la Tierra, fue virtuoso, caritativo, compadecido, resignado y amoroso, cuando deja ese mundo es semejante al viajero que emprende su viaje en un día primaveral. A la medida que avanza en su camino, el sol va subiendo majestuoso en el espacio y su viaje transborda de luz y hermosura.

Porque el espíritu que se conduce bien, al dejar la Tierra, va abriendo sus facultades a la luz. Y cuando despierta, encuéntrase en plena luz, comprende donde se encuentra y sabe que es feliz.

Pero el espíritu que, en la Tierra, fue egoísta y avaro, que todo lo deseó del mundo, que no fue misericordioso, ni caritativo, ni virtuoso, ese espíritu entra en el mundo espiritual cuando el sol se encuentra en el ocaso. A la medida que va despertando, las tinieblas aumentan, y cuando está completamente despierto, todo a su alrededor es tenebroso y terrible. Quiere saber donde está, mas no es posible averiguarlo. Va de un lado para otro, y nada más encuentra, sino tinieblas, soledad y miedo. Todo en el espacio le parece lúgubre, y entonces comienza la desesperación.

¡Habitantes de la Tierra: apresuraros a atraer la luz para vosotros, a través de las buenas obras! ¡Modificad vuestras vidas, los que practicáis el mal! Porque de lo contrario, vuestra última hora será terrible y vuestro despertar horroroso.

2.^a PARTE

**MARCHA PARA EL
FUTURO**

Hermano Saulo

I

EL ESPÍRITA ANTE LA DOCTRINA

Obligación primordial del espírita es velar por su tesoro: La Doctrina Espírita. Pero, para eso, él debe estudiarla, conocerla bien, pues, de lo contrario, ¿cómo habrá de celar por ella? El Espiritismo no es apenas una eclosión mediúmnica, no es solamente manifestaciones de espíritus. Es la Doctrina del Consolador, del Espíritu de la Verdad, del Paráclito, prometida y enviada por el Cristo para orientarnos.

Siendo así, no basta al espírita frecuentar sesiones, hacer oraciones, implorar el auxilio de los Buenos Espíritus.

Si Jesús nos dio el mensaje redentor del Evangelio, y prometió que nos enviaría el Consolador -y en la época precisa realmente lo envió-, es que tenemos que conocer el Evangelio y conocer el Espiritismo. Los hebreos estudiaban minuciosamente la Ley Antigua, que está en el Viejo Testamento. Los cristianos estudian la Ley Nueva, que está en el Nuevo Testamento. Los espíritas, que son los cristianos renacidos del agua y del espíritu, deben estudiar las obras de Kardec, que son la Codificación del Espiritismo, la Nueva Revelación.

Muchos espíritas dicen que no disponen de tiempo para estudiar los libros doctrinarios. Entienden que basta escuchar a los Guías, en las sesiones mediúmnicas. Muchas veces, sin embargo, esos mismos Guías no tienen conocimiento doctrinario, son espíritus tan ignorantes cuanto sus mismos protegidos. Y el Evangelio nos enseña que, si un ciego guía otro ciego, ambos van a caer en el barranco. Vivimos en un mundo en fase de transición evolutiva. En un mundo, por tanto, en que proliferan espíritus agitados por ideas nuevas, deseosos de transmitirnos sus «revelaciones» personales. ¿Qué es lo que será de nosotros, si no nos esclarecemos y precavernos?

Hay espíritas que se dejan llevar por los falsos profetas, encarnados y desencarnados, que llenan nuestro mundo de novedades absurdas, perturbando el movimiento doctrinario e impidiendo la buena divulgación de la luz. Acreditan esos espíritas que Allan Kardec está superado, y por tanto que la obra de Kardec no tiene nada más que enseñarnos. ¡Ah, cómo se engañan esos pobres hermanos, llevados por ilusiones momentáneas! ¿Entonces Jesús, nuestro Maestro y señor, no sabía lo que nos prometía, cuando anunciaba la venida del Consolador, para quedar eternamente con nosotros? ¿Jesús nos envió toda una admirable Falange de Espíritus de la Verdad para hacer revelaciones tan insignificantes, que no resistirían a más de un siglo?

Pues hace poco más de un siglo que el Espiritismo apareció en el mundo, para consolar y orientar a los hombres, con vistas al Mundo Regenerador al que nos dirigimos, en el proceso de evolución de la Tierra. ¿Y en ese breve espacio de ciento y poco de años, toda la Revelación Espírita envejeció? ¿Si la verdad es eterna y, tanto en el Viejo como en el Nuevo Testamento, continúa brillando de la misma manera que hace millares de años, no tenemos, entonces la verdad en el Espiritismo? Piensen en eso los hermanos que se dejan llevar por las novedades del momento. Y tengan cuidado, pues la responsabilidad espiritual es nuestra mayor responsabilidad en la existencia terrenal. ¡Ay de aquellos que, por vanidad, pretensión, deseo de sobresalir de los demás, contribuyan para la confusión y la desorientación de sus hermanos espíritas!

Hay espíritas que dicen: las obras de Kardec no traen novedades, hay otros libros que nos hablan de cosas más interesantes, contándonos sucesos desconocidos, dándonos enseñanzas nuevas. ¡Ah, pobres hermanos que no toman conocimiento de la promesa del Señor, que menosprecian su dádiva! ¿Entonces el Señor y Maestro nos

promete el Consolador y nos lo envía, para ahora nosotros dejarlo de lado y correr como locos atrás de los falsos profetas, de los falsos Cristos, de los falsos Kardecs, que proliferan en la vanidad humana? ¿Somos, por acaso, más elevados en discernimiento que el propio Maestro y Señor?

No, hermanos, no tenemos el derecho de pensar así. El Espiritismo es la Mayor Verdad que podemos conocer, en esta fase evolutiva de la Tierra. Su aparecimiento fue preparado por el Alto. Antes de encarnarse Kardec, para cumplir su misión, numerosos hechos espiritistas ya ocurrieran en el mundo; predisponiéndonos a la comprensión del trabajo del Codificador. Él mismo, el Codificador, vivió cincuenta años preparándose, adquiriendo cultura y experiencia, conquistando toda la ciencia de su tiempo, madurando en el seno de la Humanidad, para integrarse plenamente en ella, y solamente a los cincuenta años de edad recibir del Alto la incumbencia de investigar los fenómenos y organizar la Doctrina. Emmanuel nos dice, en *A Camino de la Luz*, que Kardec era uno de los más lúcidos discípulos de Jesús, enviado a la Tierra para cumplir la promesa del Consolador. ¿Y queremos, por acaso, ser más que él y que el Espíritu de la Verdad, que le asistía y guiaba?

Algunos hermanos alegan lo siguiente: «El Espiritismo es demasiado simple, es el ABC de la Espiritualidad; tenemos mayores instrucciones en la Teosofía o en los Rosa-Cruces». Debían pensar antes que necesitamos justamente del ABC, pues somos todavía analfabetos espirituales. El Espiritismo no tiene la pretensión de saberlo todo y todo enseñar. Porque las doctrinas que todo enseñan, en la verdad nada saben. Vean lo que los Espíritus respondieran a Kardec, en el primer capítulo de **El Libro de los Espíritus**, a respecto de nuestro conocimiento de Dios: «Dios existe, no lo podéis dudar, y eso es lo esencial. Acreditad en lo que os digo y no queráis ir más allá. No os perdáis en un laberinto de donde no podréis salir. Eso no os haría mejores, mas tal vez un poco más orgullosos, por que acreditaríais saber, cuando en realidad nada saberíais».

¿De qué nos valdría pensar que sabemos esto o aquello, sin en verdad saberlo? Solamente nuestra vanidad ganaría con eso, y el beneficio de la vanidad es pérdida para el espíritu. Acontece que todavía somos incapaces de conocer las causas primarias y las causas finales. Lo que más importa es evolucionar, progresar espiritualmente. Para eso estamos en la Tierra, con todas las limitaciones que nos impiden de avanzar más allá. Sólo hay un medio de vencer esas limitaciones: es aprender el ABC que el Espiritismo nos ofrece, que los Buenos Espíritus nos aconsejan y que el Espíritu de la Verdad nos envió, como la cartilla de estrellas de que estamos urgentemente necesitados. El espírita, como nos enseña Miguel Vives, tiene un tesoro en sus manos. Dará prueba de ignorancia y de pretensión, si cerrar los ojos a ese tesoro para buscar otros, aparentemente más valiosos.

¿Qué vale más, hermanos: la humildad o la vanidad? Si es la vanidad, podéis adornaros con todos los grandes conocimientos ocultos, con todas las explicaciones misteriosas sobre Dios y el Infinito, con todas las fábulas y utopías a las cuales se refería el apóstol Pablo. En ese caso, dejaréis de lado la humildad. Esa pequeñina violeta del Mundo Espiritual, abandonada por vosotros reencenderá entonces su perfume entre los humildes. Y de éstos, según lo enseñó Jesús, será el Reino de Dios.

No penséis, sin embargo, que el Espiritismo es doctrina estática, que no quiere ir más allá. Por el contrario, él es una doctrina dinámica y avanza siempre. Pero avanza en la medida de lo posible y de lo conveniente, con los pies en la tierra, para evitar el vértigo de las alturas. En la proporción que crecemos moralmente -prestemos bien atención a esta palabra: MORALMENTE- el propio Espiritismo, dentro de las mismas obras de Kardec, desvelará nuevos mundos y nuevas enseñanzas ante nuestros ojos. Pero, entonces, estaremos en condiciones de comprenderlas. Todo se hace de manera progresiva, nada de saltos. Apegaros al Tesoro del Espiritismo, que la misericordia de Dios colocó en vuestras manos, si queréis realmente aprender y no apenas ilusionaros.

En conclusión:

El espírita debe estudiar constantemente las obras de Kardec, que son el fundamento del Espiritismo, y no dejarse llevar por fascinaciones de la vanidad o de la ambición de saber lo que no puede;

debe comprender los límites de su actual situación evolutiva, y humildemente procurar el medio de progresar.

II EL ESPÍRITA ANTE LAS RELIGIONES

El Espiritismo es la Religión en Espíritu y Verdad, de la que Jesús habló a la Mujer Samaritana: «Día vendrá en que los verdaderos adoradores de Dios lo adorarán en espíritu y verdad». Mas hay espíritas que no comprenden eso y niegan la religión espírita. ¿Es posible que quitemos del Espiritismo la fe en Dios y la ley de la caridad?

Todo el problema, que tanta discusión ha levantado entre algunos hermanos intelectuales, se resume en la falta de comprensión de aquello que sea religión. Los hermanos antirreligiosos gastan tinta y papel en cantidad deseando probar un absurdo. Alegan que Kardec se recusó a llamar el Espiritismo de religión. Pero el mismo Kardec explicó, porque lo evitó -no se recusó, mas apenas evitó-, llamar el Espiritismo de religión: no deseaba confundir una doctrina de luz y libertad con las organizaciones dogmáticas y fanáticas del mundo religioso.

En este caso, dirán algunos hermanos: El Espiritismo es contra las religiones. Pero esto no es verdad. El mismo Kardec declaró, como podemos ver en **Lo que es el Espiritismo**, que él es el mayor auxiliar de las religiones. Acontece, sin embargo, que la religión espírita no se estructura en un sistema religioso. Hoy, después de los grandes estudios filosóficos realizados sobre esa cuestión, desde los fines del siglo pasado hasta nuestros días, todo hombre de cultura comprende que la religión no es iglesia, sino sentimiento. El gran filósofo Henri Bergson enseñó que hay dos tipos de religión: la social, que es dogmática y estática, y la individual, que es libre y dinámica. Así pensaba también Enrique Pestalozzi, para quien la religión verdadera es la Moralidad. Vemos ahí uno de los motivos por el cual decía Kardec que el Espiritismo tiene consecuencias morales, en vez de referirse a consecuencias religiosas. Hoy en día, el Codificador no tendría duda en hablar de religión, porque el concepto actual de religión es mucho más amplio.

El Espiritismo tiene tres aspectos, como sabemos: el científico, en el cual él se presenta como ciencia de observación e investigación, tratando de los fenómenos espíritas; el filosófico, en el que procura interpretar los resultados de la investigación científica y damos una visión nueva del mundo, y el religioso, en el cual nos enseña cómo aplicar, en la vida práctica, los principios de la filosofía espírita. ¿Queremos, acaso quedarnos apenas en los principios, sin aplicarlos? Este libro de Miguel Vives es un manual de moral espírita y, como vemos en sus páginas, está enteramente impregnado de religión. Más, es claro, de religión en espíritu y verdad, sin ninguna sujeción a ritualismos anticuados o reinventados, a sacerdotes o sacramentos. El Espiritismo es la Religión de la Moralidad, a que se refería Pestalozzi.

Uno de los principios fundamentales de la moral espírita, como sabemos, es la tolerancia. La religión espírita, por tanto, al contrario de las religiones dogmáticas y sacerdotales, que son siempre agresivas, es sumamente tolerante. Por eso mismo, el espírita no debe atacar, criticar, menospreciar a las otras religiones. Poco importa que ellas hagan lo contrario, con respecto al Espiritismo. Lo que nos cabe es respetar todas las formas de creencia que nuestros hermanos de la Humanidad quieran adoptar. ¿No enseñó Jesús que son muchos los caminos que llevan al Padre? ¿Cómo puede el espírita, que comprende el espíritu de esa enseñanza, atacar esta o aquella religión?

Mas, si no puede atacar, si no debe criticar (en el mal sentido de la palabra), también no puede y no debe quedarse con los pies en dos canoas, diciéndose al mismo tiempo espírita y adepto de otra religión. ¿Pues si tenemos la religión en espíritu y

verdad, que es lo que vamos hacer con una religión formalista y dogmática? Cabe aquí la pregunta del apóstol Pablo a los Gálatas: Corréis mucho; ¿quién os impidió, para no obedecer a la verdad? (V: 7). Y también la enseñanza evangélica de Jesús: «Sea tu hablar: sí, sí; no, no». Todas ellas auxilian al espíritu a evolucionar. ¿Pero, cuando ya tenemos el conocimiento del espíritu, hemos de volver a la carne?

Las religiones son escuelas, en que los espíritus aprenden la verdad espiritual. ¿Quién ya pasó por la escuela primaria y está en la secundaria puede frecuentar al mismo tiempo las dos? ¿Y quien ya entró en el curso superior, ha de volver al secundario? ¿Si el Espiritismo nos enseña que lo que vale es la intención, cómo hemos de continuar en la práctica de los ritos? ¿Si ya aprendimos que Dios está en el corazón de cada uno, cómo continuar a inciensarlo en el altar? ¿Si sabemos que los sacramentos son fórmulas exteriores, simples símbolos destinados a enseñar verdades más profundas, y si ya alcanzamos esas verdades, hemos de retroceder a la práctica de esa fórmula?

El espírita sabe que todas las religiones tienen por finalidad conducir a las criaturas humanas a la comprensión de la Espiritualidad. No puede condenarlas, más también no puede sujetarse a ellas. Debe aprobarlas para aquellos hermanos que todavía carecen de ellas. Mas, de su parte, tiene la obligación de mostrar y ejemplificar la libertad que ya alcanzó. Y el deber de ser fiel a la verdad que encontró. ¿Sería justo que un escritor volviese a letrear el be-a-ba? ¿O que un escritor se burlase de los niños que deletrean? ¿No fue deletreando que él aprendió a escribir? Del mismo modo es la posición del espírita ante las religiones. Le cabe comprenderlas pero siempre firme en su posición de espírita.

Quien no es fiel en lo mínimo, tampoco lo será en lo máximo, como nos enseña la parábola. El espírita que, para atender al respeto humano, a las conveniencias sociales o hasta mismamente a sus intereses particulares, tuerce el sentido de la tolerancia espírita para participar de rituales en los que ya no acredita más, ni puede acreditar, es infiel para consigo mismo y para con la verdad espiritual que descubrió en el Espiritismo. Es infiel en lo mínimo, pues lo que recibió en esta vida es apenas el principio de lo que recibirá más tarde. ¿No mostrándose digno de ese mínimo, como podrá esperar el máximo?

Recordemos aún una advertencia de Pablo, que nos sirve de mucho actualmente: ¿Si alguien te ve llegar, a ti que tienes ciencia, sentado a la mesa en el templo de los ídolos, no será la conciencia del flaco inducida a comer de las cosas sacrificadas a los ídolos? (I. COr. VIII: 10).

El espírita no tiene apenas libertad mas también responsabilidad. Será responsable por sus ejemplos ante los flacos. El está en condiciones de participar de los ídolos (o sea: de los sacramentos y rituales de las iglesias), sin afectarse personalmente. Pero no puede olvidar que afectará a los otros. Si, por su ejemplo, abre las puertas del movimiento espírita a la infiltración de elementos formalistas, será responsable por la deformación de la práctica doctrinaria. Esa es una gran responsabilidad, contra la cual deberemos siempre estar de atalaya. ¡Dios nos libre de tener que responder por la desfiguración de la propia verdad que nos salvó del error!

En conclusión:

El espírita debe respetar todas las creencias sinceras, todas las religiones que llevan la criatura al Creador, no atacando ninguna ni burlándose de sus prácticas;

pero no tiene el derecho de, en nombre de la tolerancia, tornarse cómplice de prácticas religiosas o de enseñanzas teológicas que pueden llevar a sus hermanos de vuelta al pasado;

todas las religiones son buenas para aquellos que las aceptan y practican con sinceridad, pero si el espírita no es sincero consigo mismo, y con su propia religión, ¿quién puede acreditar en él?

III

EL ESPÍRITA Y LA CULTURA

El Espírita tiene el deber de instruirse, de integrarse en la cultura de su tiempo. El Espíritu de la Verdad enséñanos un nuevo mandamiento, al declarar: Espíritas, amaros, es la primera enseñanza; instrueros, es la segunda. Kardec, a su vez, nos enseña que el Espiritismo se relaciona con todas las ciencias, y que sólo le fue posible aparecer, después que ellas se desarrollaron en el mundo.

La antigua ley, la del Viejo Testamento, era la ley de la justicia, dura y fría como la espada. Por eso, la Biblia está llena de matanzas, ordenadas por los propios profetas. La ley renovadora de Cristo, que modificó el mundo y todavía hoy continúa a transformar nuestros corazones endurecidos, era la ley del amor. La nueva ley que nos vino con la Nueva Revelación, con el Espiritismo, es la ley de la instrucción ¿Pues no es el Espiritismo nuestro gran instructor, aquel que nos recuerda las enseñanzas evangélicas, que nos las explica, que nos enseña de donde venimos, para dónde vamos y por qué estamos en la Tierra? ¿No es el Espiritismo el que nos consuela en nuestros dolores y en nuestros desesperos, no por una vaga promesa, mas por el conocimiento de nuestro destino?

La enseñanza del Espíritu de la verdad, a la que nos referimos más arriba, está en el capítulo «El Cristo consolador». de **El Evangelio según el Espiritismo**. La enseñanza de Kardec, sobre la relación del espiritismo con las ciencias, está en el primer capítulo de «La Génesis». Aconsejamos la lectura de ambos, juntamente con este capítulo, para mejor y más amplia comprensión del problema. Porque hay espíritas que todavía no comprendieron casi nada del Espiritismo, y a pesar de en él encontrarse hace veinte, treinta o más años, continúan a pensar que no necesitan instruirse. «Para mí, basta la fe», decíanos uno de esos hermanos, que cerraba los ojos delante de la luz de la Nueva Revelación.

La fe, como todos sabemos, es una necesidad. Un hombre sin fe es una criatura inútil. En eso también Kardec tiene mucho para enseñarnos, mostrándonos que existe la fe humana y la fe divina. Los propios descreyentes deben de tener fe en alguna cosa, si quieren ser útiles. Pero no podemos olvidar que la fe espírita no es ciega, no es impuesta por los otros, no debe prevalecer a pesar del absurdo en que por acaso pueda apoyarse. No, nada de eso. La fe espírita, como la definió Kardec, es la fe racionada, o sea, la fe iluminada por la razón. ¿Y de que luces dispondrá la razón, para con ella iluminar la fe, si no tenemos instrucción? La luz natural, apenas, es insuficiente para enfrentar los numerosos y complejos problemas que la descreencia ilustrada de nuestro tiempo levanta, sin cesar, contra el Espiritismo y contra todas las formas de fe.

Claro que el espírita no precisa tornarse un sabio. Sería bueno que todos pudiesen serlo, pero eso es imposible y sería contrario a la propia ley de evolución. Cada uno de nosotros tiene ya su rumbo evolutivo a seguir, en la fase en que nos encontramos. Pero si el espírita no precisa ser sabio, tampoco debe ser ignorante. ¿Cómo va él a mantener su fe, y con ella auxiliar a los que sufren la ceguera del ateísmo, del materialismo o de la más simple duda? Con artículos de fe, nadie convence más a nadie de la verdad espiritual. Estamos en la edad de la razón, en la fase racional de la evolución humana. Tenemos que cimentar nuestra fe en el conocimiento, si queremos que ella sea una luz para todos, y no apenas una lamparilla de uso particular.

Así, vemos que el mandamiento del Espíritu de la Verdad: «INSTRUEROS», está

directamente ligado al mandamiento de Cristo: «AMAROS». Pues, si nos amamos, es natural que deseamos la salvación de la fe para todos, y consecuentemente no podemos cerrarnos en nuestra cómoda ignorancia, en esa beatitud de la ignorancia, que caracterizó tantos beatos del pasado. No hay lugar para beatos en el Espiritismo. Los que en él quieran permanecer deberán instruirse, libertándose de sus falsas ideas, de sus conceptos anticuados, de sus errores. Sin instrucción no podemos cumplir el mandamiento de amor al prójimo y del amor a Dios. ¿Pues, cómo amar a Dios sin comprenderlo, sin tener idea de su grandeza y de su naturaleza inteligente? ¿Y cómo amar al prójimo sin ayudarlo a instruirse, a esclarecerse, a libertarse de las supersticiones, de las mentiras, de los falsos juicios?

Todo espírita puede y debe instruirse. Cada cosa viene a su tiempo y, por tanto, de acuerdo con su época. En la antigüedad bíblica, los medios de instrucción eran casi nulos y los conocimientos muy reducidos. Dios nos mandó entonces la fría ley de la justicia, y por ella el profeta Elías hizo pasar a filo de espada los sacerdotes enemigos. En el tiempo de Jesús, en un mundo más evolucionado, en el que el hombre se beneficiaba con mayor conocimiento y una más amplia comprensión de las cosas, Dios nos mandó la ley ardiente del amor, y los apóstoles la enseñaran a todos los pueblos, dando su sudor, su sangre y su vida por amor de todos. En los tiempos actuales, después del llamado Siglo de Oro de las ciencias, que fue el siglo XVIII, Dios nos manda la ley de la instrucción, y los espíritas deben cumplirla, para ayudar a la Tierra a subir en la Escala de los Mundos. Hoy, la instrucción se difunde en la Tierra por todos los medios, y el espírita exclusivamente no se instruirá si no lo quiere.

Es evidente que cada cual tiene su propia medida. Unos podrán instruirse más, otros menos. Unos tendrán mayores posibilidades y llegarán hasta las cátedras de la sabiduría mundana, para iluminarlas con la sabiduría divina del Espiritismo. Otros dispondrán de pequeñas posibilidades, y aprenderán lo suficiente para enseñar a los que saben menos. Las instituciones espíritas, por una vez, deben convertirse en verdaderas casas de instrucción, no solamente evangélica y doctrinaria, más de cultura general. Los Centros pueden mantener escuelas superiores y fundar Universidades. Porque la Universidad Espírita es la nueva luz que debe lucir en el mundo de la cultura.

Muchos dicen que no debemos de crear una especie de cultura aislada, a través de escuelas que separen los espíritas de los demás. Más la escuela espírita no será ni podrá ser sectaria. Será la escuela de todos, ofreciendo a todos la nueva cultura que el Espiritismo viene a implantar en la Tierra. Las escuelas del mundo, como sabemos, enseñan el materialismo, al lado del dogmatismo religioso. Difunden conocimientos y supersticiones en mezcolanza, sembrando el ateísmo. ¿A esa cultura que lleva la ceguera espiritual es que los espíritas deben confiar sus hijos y las generaciones futuras? No. Es deber de los espíritas, como fue deber de los judíos en su tiempo y deber de los cristianos en su tiempo, crear una nueva modalidad de instrucción y preparar el mundo para una nueva cultura. Y eso sólo puede ser realizado a través de la escuela espírita, que no desvirtuará el conocimiento humano en favor del materialismo o del dogmatismo religioso, más lo iluminará con la verdadera luz del conocimiento espiritual.

La enorme facilidad de difusión de la cultura, que caracteriza a nuestro tiempo, puede ser un medio de envenenar y pervertir generaciones, como aconteció en varios países, llevados a la deshumanización y a la brutalidad, delante de nuestros ojos, o puede ser un medio de esclarecer y orientar generaciones, como hace el Espiritismo con los que de él se aproximan. ¿Tendremos el derecho de dejar que se procese el envenenamiento colectivo? No, puesto que tenemos en nuestras manos el tesoro de la cultura espírita, y es nuestro deber de amor y fraternidad distribuirlos a todos.

En conclusión:

El espírita no tiene el derecho de acomodarse en la butaca de la fe ingenua y simplista: su deber es estudiar y esclarecerse cuanto a los principios de su propia doctrina;

la fe racionada exige el desarrollo de las potencialidades de la razón, lo que sólo puede ser hecho por medio de la instrucción;

para amar y auxiliar al prójimo, el espírita no puede estacionar en la ignorancia: precisa aprender, adquirir conocimientos, instruirse.

IV EL ESPÍRITA Y LA POLÍTICA

El Espiritismo es la política del amor. Ligando los hombres entre sí, en la Tierra, y los hombres con los espíritus, entre la Tierra y el Espacio, él realiza la mayor y más bella política de todos los tiempos, para la buena administración de las riquezas públicas del espíritu. Mas, siempre que posible, el espírita puede y debe dar, a la política del mundo, la ayuda divina de la política del cielo.

La palabra política viene del griego polis, que quiere decir ciudad, y significa el arte de gobernar y administrar la ciudad. Como sabemos, las ciudades griegas eran Estados. Así, política es el arte de gobernar el Estado y administrar las riquezas públicas. ¿Puede el espírita quedar ajeno a un problema como éste, que afecta a toda la colectividad?

No. El propio Espiritismo, como dijimos arriba, es una política superior, aplicada no apenas a la ciudad del mundo, mas también a la ciudad celeste y a las relaciones entre las dos ciudades. El espírita, por tanto, es político, en el buen y exacto sentido de la palabra. Pero su política no es ni puede ser hecha de intrigas, de golpes, de negativas, de maniobras. Sólo puede ser hecha de amor comprensión, fraternidad y luz.

Por eso, los espíritas, en general, son extraños a la política del mundo. Detestan el ambiente de mezquindad interesada en que se procesan las maniobras políticas. Y no admiten que el Espiritismo sea envuelto en la política, con lo que hacen muy bien. Los pocos espíritas que se vuelven políticos mundanos, si son realmente sinceros y firmes en su fe, enfrentan duras dificultades y terribles sufrimientos. Porque no puede un espírita sincero respirar con naturalidad en el ambiente pesado y malsano de la política mundana. Los que se adaptan a ese ambiente son dignos de piedad, pues sacrifican la más bella oportunidad de perfeccionamiento espiritual que Dios les concede, en torno del plato de lentejas de los intereses mundanos. Brevemente pasa la vida presente de esos hermanos, pues breve es nuestra vida en la Tierra, y al entrar en la vida espiritual, ellos van a lamentar el tiempo perdido y la oportunidad desperdiciada.

Bien dice Cristo: «Mi reino aún no es de este mundo». Porque un día lo será. Cuando pase esta época de transición, y la Humanidad entre en la fase de regeneración de que nos hablan **El Libro de los Espíritus** y **El Evangelio según el Espiritismo**, el Reino de Cristo comenzará afirmarse entre los hombres. Una humanidad que se regenera está a camino del Cielo. Las leyes mundanas comenzarán a modificarse, influenciadas por las leyes divinas. Kardec estudia ese problema con la ayuda de los Espíritus, al tratar de la influencia del Espiritismo en la legislación del mundo. Cuando eso acontece, los espíritas no más precisarán abstenerse de la política, más por el contrario, deberán integrarse en ella, para auxiliada a evolucionar más rápidamente.

Hasta ese momento, sin embargo, todavía hay mucho tiempo a correr. Y los espíritas deberán, por muchos años aún, mantenerse de atalaya cuanto a las fascinaciones y los peligros de la política. Deben poner, sobre todo, el mayor cuidado en evitar las infiltraciones políticas en las sociedades espíritas, particularmente en los Centros Espíritas, que deben ser casas de oración y de paz de amor y fraternidad ¿Cómo conciliar esas luces celestes con los odios, las intrigas, las disputas mezquinas de la política? Actualmente, los Centros Espíritas que se dejan llevar por la política están prefiriendo César a Dios. Están, en verdad, desvirtuando sus funciones, desviándose de

los caminos arduos del espíritu y sumergiéndose en el camino ancho y fácil de las comodidades materiales. Infelices de los hermanos que no perciben eso y se dejan fascinar por las facilidades ilusorias de la política mundana. Bien caro pagarán en la vida espiritual.

El argumento principal de los espíritas fascinados por la política es el de que no podemos entregar a los malos la dirección de la vida pública. ¿Más, quién les dio el derecho de juzgarse mejor que los otros? El simple hecho de que hayan aceptado el Espiritismo no les concede ese derecho. El Espiritismo es el remedio para los males del mundo. ¿Cuántas veces nosotros, los espíritas, nada más somos de que las partes enfermas del mundo, sometidas a la meditación del Espiritismo? El espírita debe ser suficientemente humilde para no creerse capaz de reformar el mundo y transformar la sociedad, simplemente por su participación en la vida política. Si no lo es, estará sujeto a muchos engaños, y principalmente estará expuesto a la influencia misticadora de espíritus perversos que se aprovechan siempre de nuestras pretensiones vanidosas, para transformarnos en sus instrumentos. Tomemos el remedio espírita, curándonos primero, para después poder auxiliar a los otros a curarse. Y que Dios nos permita una cura rápida, a pesar de nuestros muchos males, a veces crónicos, viejos y de innumerables encarnaciones.

Ni por eso el espírita, entre tanto debe abstenerse de sus deberes políticos. Muy por el contrario, esos deberes deben ser cumplidos escrupulosamente por los espíritas. Lavar las manos en la vacía de Pilatos no es la actitud a asumir. Mas cumplir los deberes políticos es cosa bien diferente a entregarse a la vida política. Para cumplir aquéllos nos basta observar las leyes, comparecer a los pleitos electorales, votando con pensamiento elevado y sin pasiones, apoyar, con buenos argumentos, y cuando posible con ayuda práctica, a las buenas causas, defender los oprimidos, librarse siempre de apoyar las causas más injustas, perjudiciales a la colectividad y librarse principalmente de compromisos con los crímenes políticos, sea en beneficio propio o de otros, y más aún con la pretensión absurda de beneficiar el Espiritismo o instituciones espíritas. Para entregarse a la vida política, es necesario involucrarse en todas sus complicaciones, en todas sus enmarañadas y confusas situaciones actuales.

La política del mundo es hecha, aún, de la pasión por las cosas mundanas, particularmente la pasión de poder, que embriaga la vanidad humana. El espírita tiene otra política a ejecutar: la de la humildad, que identifica al hombre con los infelices, los sufridores del mundo, y no le lleva para las altas posiciones terrenas, más para los puestos de socorro de la caridad cristiana. «En mi Reino, dice Cristo, los mayores son los que sirven». El primer deber político del espírita es servir. Y para servir él no precisa de cargos en partidos políticos, de cargos o puestos en la administración pública. Le basta el sentido espírita de la caridad, en todas sus formas, según enseña el Espiritismo. Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo: ¿Qué mejor política puede existir que esa? Pues es esa la política espírita y, por tanto, la política de todo espírita sincero.

Jesús no precisó de la política romana o de la política judía, para cumplir la más bella y más eficaz de todas las misiones políticas ya realizadas en el planeta. Kardec no necesitó de la política francesa, para implantar en Francia y en el mundo la política de amor del Espiritismo. El espírita, cuando es llevado al mundo de la vida pública por circunstancias independientes a su voluntad personal, no debe esquivarse al cumplimiento de sus deberes. Más debe estar en el cargo como un administrador consciente de los bienes ajenos, empeñados en la práctica del amor y de la justicia. Nunca debe empeñarse en disputas políticas que dividen a las criaturas y siembran el odio. Ni debe admitir, para agradar al partido o a la administración a la que fue llevado a servir, ningún acto de injusticia para los que pertenezcan a partidos contrarios.

En resumen:

El espírita, desde el momento en que aceptó conscientemente el Espiritismo, se alistó en la política del amor universal;

su único partido es el del Reino de Dios, y su plataforma política es el Sermón de la Montaña;

caso sea llevado a cargos públicos, llamado a cualquier actividad política del mundo, no debe olvidar su cualidad de espírita, y todo ha de hacer para que la luz que en él hay no sean tinieblas;

amor y caridad deben constituir sus armas políticas, mismo que eso le cueste la oposición de los propios compañeros, pues es mejor estar solo con la Verdad que estar acompañado por la mentira.

V EL ESPÍRITA Y LA CUESTIÓN SEXUAL

Los hombres hicieron del sexo un motivo de escándalo. Convirtieran el sexo en una cosa impura y repelente. Pero el sexo es una manifestación del poder creador, de las fuerzas productivas de la Naturaleza. El espírita no puede encarar la cuestión sexual como un asunto prohibido. El sexo es la propia dialéctica de la Creación y existe en todos los Reinos de la Naturaleza.

El paganismo llegó a hacer del sexo motivo de adoración. Los pueblos primitivos manifiestan un gran respeto y asumen una actitud religiosa delante del sexo. Mas para esos pueblos, todavía bien próximos de la Naturaleza, el sexo no está sujeto a los desreglamentos, a los abusos y a la deturpación, del mundo civilizado. El cristianismo condenó el sexo e hizo de él la fuente de toda perdición. Mas el Espiritismo reconsidera la cuestión, colocándose en un medio término entre las exageraciones de paganos y cristianos. El espírita sabe que el sexo es un gran campo de experiencias para el espíritu en evolución, y que es a través de él que la ley de reencarnación se procesa, en la vida terrena. ¿Cómo, pues, considerarlo impuro y repelente?

En **El Libro de los Espíritus**, Kardec comenta: «Los Espíritus se encarnan hombres o mujeres, porque no tienen sexo. Como deben de progresar en todo, cada sexo, como cada posición social, les ofrece pruebas y deberes especiales, y nuevas ocasiones de adquirir experiencias». Como vemos, el sexo es considerado por el Espiritismo en su justo lugar, como un medio de evolución espiritual. El espírita, por eso mismo, no puede continuar a encarar el sexo como lo hace el común de los hombres. No puede abusar del sexo, ni despreciarlo. Debe antes considerar su valor y su importancia en el proceso de la evolución.

Todavía existe, en el medio espírita, mucha prevención contra los asuntos sexuales. Mas es necesario que esa prevención sea alejada, a través de una comprensión más precisa del problema. No hay motivo para hacerse del sexo un asunto-tabú, mas también no se debe exagerar en ese terreno, pues muchas criaturas se escandalizarían. Debemos acordarnos de que, por millares de años, a través de generaciones y generaciones sucesivas, el sexo fue considerado, en la civilización cristiana en que nacimos y vivimos, un campo de depravación, de perdición de las criaturas. La simple palabra sexo provoca en mucha gente una situación de ambivalencia: interés oculto y repulsión instintiva. Por eso mismo, la educación sexual debe ser encarada seriamente en los medios espíritas y no puede ser dejada al margen de la pedagogía espírita.

La mayor dificultad para la cuestión sexual está en el hogar, en la vida familiar. Los padres espíritas no saben, generalmente, como preparar a los hijos para la llamada «Revelación del sexo». El régimen del silencio continúa a imperar en nuestros hogares, creando mayores dificultades para la solución del problema. La simple prohibición del asunto crea un clima de misterio en torno de la cuestión sexual, aumentando los motivos de desequilibrio para los adolescentes. Los padres a su vez, sufren también de inhibiciones, decurrentes de un sistema equivocado de educación, a que estuvieran sujetos.

En la familia, la actitud más acertada es la de no responderse con mentiras doradas a las indagaciones de los niños sobre cuestiones sexuales. Mas no se debe, tampoco, responder de manera cruda. Sería una imprudencia querer salir de un

sistema de tabúes para una situación de franca rudeza. Hay muchas maneras de hacer a la criatura sentir que el problema sexual no es más importante ni menos importante que los demás. Cada madre o padre tienen que descubrir la manera más conveniente a emplear en su medio familiar. La regla más cierta es la respuesta verdadera, de manera indirecta. Si la criatura pregunta: «¿Cómo la gente nace?», se debe responder, por ejemplo: «De la misma manera que los gatitos». Comenzando así, poco a poco, los propios padres van descubriendo la técnica de vencer las dificultades, sin embaucar que crearían un ambiente de excitación peligrosa.

En las escuelas espíritas, el problema debe ser colocado con el mayor cuidado, pues la situación es aún más melindrosa; los niños de una clase pertenecen a diversas familias, con diferentes costumbres. Es peligrosa la llamada «actitud científica», generalmente seguida, en los bachilleratos, por los profesores de ciencias. La frieza científica no tiene en consideración las sutilezas psicológicas del problema. Lo ideal sería que el asunto fuese discutido previamente en reuniones pedagógicas, entre los profesores de ciencias, de psicología, de moral y el orientador pedagógico. En la verdad, el problema es más de pedagogía que de ciencias. El buen pedagogo sabrá conducirlo con el tacto necesario, sin producir choques peligrosos y sin permitir que el asunto caiga nuevamente en el plano del misterio.

Cuanto a los jóvenes, deben promover cursos y seminarios concernientes a la cuestión tratada, siempre con la asistencia de un profesor experimentado, de moral elevada y reconocido buen sentido. Los jóvenes tienen una gran necesidad de buena orientación sexual, pues están en la fase de mayor manifestación de esas exigencias y, si no son bien orientados, podrán caer en lamentables equivocaciones. El joven espírita, empero esclarecido por la doctrina, no está menos sujeto a desequilibrios sexuales. Sabemos que esos desequilibrios tienen dos fuentes principales: los abusos y vicios del pasado, en encarnaciones desregladas, y las influencias de entidades peligrosas, muchas veces ligadas a los jóvenes por el pasado delictivo. Por eso mismo, el problema sólo puede ser tratado de manera elevada, con gran sentido de la responsabilidad. Los médicos espíritas pueden ser grandes auxiliares de las Juventudes Espíritas en ese sector.

Cuando a los espíritas adultos, no están menos libres de que los jóvenes. Son víctimas de una educación defectuosa, de un ambiente moral dominado por la hipocresía en materia sexual, y traen a veces agravadas por ese ambiente las herencias del pasado. Precisan acostumbrarse, en el medio espírita, a encarar el problema sexual de una manera seria, evitando las actitudes negativas, que dan entrada a las influencias peligrosas. Encarando el sexo sin malicia, como una función natural y una necesidad vital, el espírita; al mismo tiempo, se corrige y modifica el ambiente en que vive, alejando del mismo los espíritus viciosos y maliciosos, que no encuentran más pasto para sus abusos. El mejor medio de ahuyentar esos espíritus, y de encaminarlos también a una reforma íntima, es la creación de una actitud personal de respeto por los problemas sexuales y el cultivo de un ambiente de comprensión elevada en el hogar.

Esa misma actitud debe ser llevada para los ambientes de trabajo, por más contaminados que ellos se encuentren. El espírita no debe huir despavorido delante de las conversaciones impropias, pues con eso demostraría incompreensión del problema y provocaría mayor interés de los otros en perturbarlo. Más no debe, tampoco, estimular esas charlas, con su participación activa. Su actitud debe ser de completa naturalidad, de quien conoce el problema y no se espanta con las conversaciones del mal gusto, pero también de quien no encuentra motivos para alimentar esas conversas y de ellas participar. Siempre que sea posible, y con sentido de la oportunidad, él debe procurar mudar el rumbo de la conversación, para asuntos más provechosos, o mismamente para los aspectos más serios del problema sexual.

La mente viciosa se complace en las conversaciones deletéreas, en las imágenes

grotescas, en las expresiones carentes de respeto. Escandalizarse delante de esas cosas, o rechazarlas con violencia, es siempre perjudicial y anticaritativo, pues esas personas son las que más necesitan de amparo y orientación. Lo más cierto es procurar un medio de ayudarlas a libertarse de esa viciación. Y lo más eficaz es orientar la conversación viciosa para aspectos respetables, como las consecuencias de los vicios, las situaciones dolorosas en que se encuentran personas conocidas y la conveniencia de tratarse el sexo con el respeto debido a las fuerzas de la Naturaleza.

En los casos dolorosos de inversión sexual, el espírita se ve generalmente en dificultad. Lo más cierto es apelar para los conocimientos doctrinarios y para el poder de la oración. Ayudar al hermano desequilibrado a luchar corajosamente para su propia recuperación, procurando corregir la mente viciosa y mantenerse lo más posible en actitud del que espera y confía en la ayuda de los Espíritus Superiores. Trabajos mediúmnicos pueden favorecer grandemente esos casos, cuando realizados con médiums serios, conscientes de su responsabilidad y de recta conducta moral. No disponiéndose de elementos así, de absoluta confianza, es mejor abstenerse de esos trabajos, insistiendo en la educación progresiva del hermano infeliz, a través de oraciones, lecturas y estudios, conversaciones instructivas y pases espirituales, aplicados de manera metódica, en días y horas ciertas. Si el hermano enfermo colabora, con su buena voluntad, los resultados positivos luego más se harán sentir. Porque nadie está condenado al vicio y al desequilibrio, a no ser por su propia voluntad o falta de voluntad para reaccionar.

Nuestro destino está vinculado a la manera por la que encaramos el sexo. Bastaría eso para demostrar la importancia del problema. Inútil que queramos huir a él. Lo necesario es modificar profundamente las viejas y viciosas actitudes que traemos del pasado y que encontramos de nuevo en la sociedad terrena, todavía pesadamente esmagada por sus propias imperfecciones. Encaremos el sexo como una manifestación del poder creador, tratándolo con el debido respeto, y mudaremos a nosotros mismos, a los otros y a la sociedad en que vivimos. El espírita debe ser el elemento siempre apto a promover esa mudanza, y nunca un acomodado a las situaciones viciosas que dominan a las criaturas y las esclavizan, por toda parte, en la tierra y en el espacio.

En conclusión:

El problema sexual debe ser encarado por el espírita con naturalidad, en vista de la naturalidad de la función creadora;

el sexo debe ser considerado como fuente de fuerza, vida y equilibrio, debiendo por eso mismo ser respetado y no deturpado;

entre el desreglamento del pagano y el preconceito del cristiano dogmático, el espírita debe mantenerse en el equilibrio de la comprensión exacta del valor del sexo;

las fuentes de la vida no pueden ser desrespetadas y afrontadas por la malicia y la impureza de los hombres.

VI EL ESPÍRITA Y EL MUNDO ACTUAL

La Tierra está pasando por un período crítico de crecimiento. Nuestro pequeño mundo, cerrado en concepciones mezquinas y obtusos y estrechos límites, madura para el infinito. Sus fronteras se abren en todas direcciones. Estamos en vísperas de una Nueva Tierra y un Nuevo Cielo, según las expresiones del Apocalipsis. El Espiritismo vino para ayudar la Tierra en esa transición.

Procuremos, pues, comprender nuestra responsabilidad de espíritas, en todos los sectores de la vida contemporánea. No somos espíritas por acaso, ni porque precisamos del auxilio de los Espíritus para la solución de nuestros problemas terrenos. Somos espíritas porque asumimos en la vida espiritual graves responsabilidades para esta hora del mundo. Ayudémonos a nosotros mismos, ampliando nuestra comprensión del sentido y de la naturaleza del Espiritismo, de su importante misión en la Tierra. Y ayudemos al Espiritismo a cumplirla.

El mundo actual está lleno de problemas y conflictos. El crecimiento de la población, el desarrollo económico, el progreso científico, el aprimoramiento técnico y la profunda modificación de las concepciones de la vida y del hombre, colócanos delante de una situación de asustadora inestabilidad. Las viejas religiones se sienten avaladas hasta lo más hondo de sus cimientos. Amenazan ruina, al impacto del avance científico y de la propagación del escepticismo. Descreyentes de los viejos dogmas, los hombres se vuelven para la fiebre de los instintos, es una inútil tentativa de regresar a la irresponsabilidad animal.

El espírita no escapa a esa exposición del instinto. Mas el Espiritismo no es una vieja religión, ni una concepción superada. Es una doctrina nueva, que apareció precisamente para cimentar el futuro. Sus bases no son dogmáticas, más científicas, experimentales. Su estructura no es teológica, más filosófica, apoyada en la lógica más rigurosa. Su finalidad religiosa no se define por las promesas y las amenazas de la Teología, más por la consciencia de la libertad humana y de la responsabilidad espiritual de cada individuo, sujeta al control natural de la ley de causa y efecto. El espírita no tiene el derecho de temer y apavorarse, ni de huir a sus deberes y entregarse a los instintos. Su deber es uno solo: luchar por la implantación del Reino de Dios en la Tierra.

¿Más, como luchar? Este libro procuró indicar, a los espíritas, varias maneras de proceder en las circunstancias de la vida y en vista de los múltiples problemas existentes en la hora presente. No se trata de ofrecer un manual, con reglas uniformes y rígidas, más de presentar el esbozo de un rotero, con base en la experiencia personal de los autores y en la inspiración de los Espíritus que los auxiliaron a escribir estas páginas. La lucha espírita es incesante. Sus frentes de batalla comienzan en su propio interior y van hasta los límites del mundo exterior. Mas el espírita no está solo, pues cuenta con el auxilio constante de los Espíritus del Señor, que presiden la propagación y el desarrollo del Espiritismo en la Tierra.

La mayoría de los espíritas llegarán al Espiritismo acometidos por el dolor, por el sufrimiento físico o moral, por la angustia de problemas y situaciones insolubles. Mas, una vez integrados en la Doctrina, no pueden y no deben continuar con las preocupaciones personales que motivaran a su transformación conceptual. El Espiritismo les abrió la mente para una comprensión enteramente nueva de la realidad. Es necesario que todos los espíritas procuren alimentar, cada vez más, esa nueva comprensión de la

vida y del mundo, a través del estudio y de la meditación. Es necesario también que aprendan a usar la poderosa arma de la oración, tan desmoralizada por el automatismo habitual a que las religiones formalistas la relegaran.

La oración es la más poderosa arma de que disponemos los espíritas, como nos enseñó Kardec, como lo proclamó León Denis y como lo acentuó Miguel Vives. La oración verdadera, brotada del íntimo, como la fuente transparente brota de las entrañas de la tierra, es de un poder no calculado por el hombre. El espírita debe utilizarse constantemente de la oración. Ella le calmará el corazón inquieto y aclarará los caminos del mundo. La propia ciencia materialista está hoy probando el poder del pensamiento y su capacidad de transmisión al infinito. El pensamiento empleado en la oración lleva aún la carga emotiva de los más puros y profundos sentimientos. El espírita ya no puede dudar del poder de la oración, pregonado por el Espiritismo. Cuando algunos «maestros» ocultistas o espíritas desavisados llamen a la oración de muleta, el espírita convicto debe recordar que Cristo también la usaba y también la enseñó. ¡Bendita muleta es esa, que el propio Maestro de los Maestros no arrojó a la margen del camino, en su luminoso pasaje por la Tierra!

El espírita sabe que la muerte no existe, que el dolor no es una venganza de los dioses o un castigo de Dios, más una fuerza de equilibrio y una ley de educación, como explicó León Denis. Sabe que la vida terrena es apenas un período de pruebas y expiaciones, en que el espíritu inmortal se aprimora, con vistas a la vida verdadera, que es la espiritual. Los problemas angustiantes del mundo actual no pueden perturbarlo. El está amparado, no en una fortaleza perecible, más en la seguridad dinámica de la comprensión, del apereamiento constante de la realidad viva que le rodea y de que él mismo es parte integrante. Las mudanzas incesantes de las cosas, que nos revelan la inestabilidad del mundo, ya no pueden asustar al espírita, que conoce la ley de evolución. ¿Cómo puede él inquietarse o angustiarse, delante del mundo actual?

El Espiritismo le enseña y demuestra que este mundo en el que ahora nos encontramos, lejos de amenazarnos con la muerte y la destrucción, nos acecha con la resurrección y una vida nueva. El espírita tiene que enfrentar el mundo actual con la confianza que el Espiritismo le da, esa confianza racional en Dios y en sus leyes admirables, que rigen las constelaciones atómicas en el seno de la materia y las constelaciones astrales en el seno del espacio infinito. El espírita no teme, porque conoce el proceso de la vida, en sus múltiples aspectos, y sabe que el mal es un fenómeno relativo, que caracteriza los mundos inferiores. Sobre su cabeza ruedan diariamente los mundos superiores, que le esperan en la distancia, y que los mismos materialistas hoy procuran alcanzar con sus cohetes y sus sondas espaciales. No son, por tanto, mundos utópicos, ilusorios, más realidades concretas del Universo, visible.

Confiante en Dios, inteligencia suprema del Universo y causa primaria de todas las cosas -poder supremo e indefinible, al que las religiones dogmáticas dieran la apariencia errónea de la propia criatura humana-, el espírita no tiene lo que temer, desde que procure seguir los principios sublimes de su Doctrina. Dios es amor, escribió el apóstol Juan. Dios es la fuente de Bien y de la Belleza, como afirmaba Platón. Dios es aquella necesidad lógica a la que se refería Descartes, que no podemos quitar del Universo sin que el Universo se deshaga. El espírita sabe que no tiene apenas creencias, pues posee conocimientos. Y quien conoce no teme, pues sólo lo desconocido nos asusta.

El mundo actual es el campo de batalla del espírita. Más es también su oficina, aquella oficina en la que él forja un mundo nuevo. Día a día él debe batir en la bigornia del futuro. A cada día que pasa, un poco del trabajo estará hecho. El espírita es el constructor de su propio futuro, es el auxiliar de Dios en la construcción del futuro del mundo. Si el espírita recula, si teme, si vacila, puede comprometer la gran obra. Nada le debe perturbar el trabajo, en la turbulenta más promisoriosa oficina del mundo actual.

En resumen:

El espírita es el consciente constructor de una nueva forma de vida humana en la Tierra y de vida espiritual en el Espacio;

su responsabilidad es proporcional a su conocimiento de la realidad, que la nueva Revelación le dio; su deber de enfrentar las dificultades actuales y transformarlas en nuevas oportunidades de progreso, no puede ser olvidado un momento siquiera; ¡espíritas, cumplamos nuestro deber!

* * *

El libro cristiano es el alimento de la vida eterna

André Luiz

EL PROFETA DE TARRASA

Miguel Vives y Vives fue un apóstol del Espiritismo en España. Desencarnó el 28 de enero de 1906, en la ciudad de Tarrasa, provincia de Barcelona, donde desempeñó su fecunda misión. Fundador de la Federación Espírita del Vallés, de la cual surgió la de Cataluña, fundó también el Centro Espírita Fraternidad Humana, de Tarrasa. Fue presidente del Centro Barcelonés de Estudios Psicológicos. Y, como periodista espírita, fundó la revista «Unión», más tarde incorporada a la revista «Luz del Porvenir»;

No se dedicó a la literatura, mas dejó una pequeña obra marcante de su trayectoria: este guía de la vida espírita, que escogemos para abrir la Selección de Nuestras ediciones. Este librito es una especie de jugo: la vida de Miguel Vives, y sobre todo su vida espírita, aquí está en su esencia, en los resultados y en las normas en que se transformó, para podernos beber su savia y seguir sus ejemplos. Hermano Saulo está cierto de que el adicional que hizo para este volumen fue también inspirado por Vives, que prácticamente le dictó cada capítulo, escrito con extrema rapidez.

Miguel Vives (que firmó así su libro) fue el profeta de Tarrasa. Predicó el Evangelio, ejemplificó la vida cristiana y profetizó las tormentas que se abatieron sobre España, concitando a la juventud espírita, como se verá en estas páginas, a prepararse para enfrentarlas. La guerra civil de 1936-39, instaurando el fascismo en el país, realizaba la profecía de Vives: El Espiritismo fue borrado del mapa, sus principales dirigentes sacrificados o desaparecidos, más las palabras y la imagen del profeta no se apagaron. Y la juventud espírita siguió el ejemplo de los cristianos primitivos.

Con la juventud espírita, los veteranos que quedaran. Hace más de cuarenta años que los espíritas españoles viven y profesan su fe bajo un régimen de temor. Miguel Vives y Vives es para ellos una bandera sagrada. Leyendo este librito el lector comprenderá el porqué. Y aprenderá a vivir el Espiritismo.